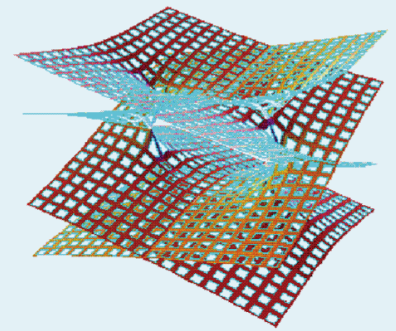


Wunsch 9

Deseo

Boletín Internacional de la Escuela
de Psicoanálisis de los Foros
del Campo Lacaniano



Edición en Español - Mayo 2010

WUNSCH
Número 9, Mayo 2010

**BOLETIN INTERNACIONAL DE
LA ESCUELA DE PSICOANÁLISIS DE LOS
FOROS DEL CAMPO LACANIANO**

SUMARIO

Editorial	5
------------------------	---

Jornada inter-polos del FCL-Francia: Experiencias del pase

Bernard Nominé, Introducción a la Jornada de Toulouse sobre la experiencia del pase	8
Sidi Askofaré, Política del pase: la responsabilidad del cartel.....	9
Marie-Pierre Vidal, Antes que nada	11
Élisabeth Léturgie, Después del pase	14
Corinne Philippe, ¿Por qué presentarse al pase?	17
Clotilde Pascual, Enseñanzas de los carteles del pase: cada pasante encuentra su solución	19
Béatrice Guitard, El pase	24
Patricia Dahan, Sobre lo vivo	27
Claire Montgobert, Lo que (se) pasa	29
Pascale Leray, La apertura hacia una nueva satisfacción	33
Albert Nguyên, Experiencias de pase.....	36
Lydie Grandet, Una experiencia que sobre-pasa.....	39
Béatrice Tropis, Pasante	42
Luis Izcovich, El juicio del cartel	45

Trabajos de los carteles del Pase 2008-2010

Contribución del cartel 3 Lo que nos convenció	49
--	----

Próximos eventos	53
-------------------------------	----

Presentación del Tema	55
------------------------------------	----

Comité científico	59
--------------------------------	----

Este noveno número de Wunsch recoge los trabajos de una jornada organizada en Toulouse a iniciativa del polo del Gay sçavoir en Midi toulousain y de algunos otros. El día ha sido presentado así: *Experiencias de pase, "Acumulación de la experiencia, seriación de su variedad (1)"*. Este "día inter-polos" de la EPFCL Francia tiene lugar para hacer... la experiencia.

Las referencias teóricas hoy son conocidas, lo que no impedirá de ninguna manera dar una vuelta por allí; los textos de J. Lacan concernientes a la invención del procedimiento no carecerán de ser reanudados.

Por otro lado, la experiencia del pase en nuestra Escuela está en función desde hace siete años, y no hay duda que puede enseñarnos. Es asimismo una de las apuestas de esta jornada: elaborar un saber sobre la experiencia actual.

Pero es también apostar sobre la eventualidad de un encuentro: a partir de puertas de entrada distintas en el procedimiento, recoger la diversidad de la experiencia: a título de pasante, pasador, de miembro de un cartel del pase, de AE y de AME de la Escuela.

Hemos hecho posible este encuentro elaborando este programa en el cual participaron no menos de cinco polos: polo Aude-rosellón (4); polo del Gay sçavoir en Midi toulousain (6), polo Tarn-Aveyron-Lot (5); polo de los países de los Gaves y del Adour (8), el polo Burdeos región (7), así como analistas invitados de Francia y España.

Se trataba, a partir de exposiciones cortas (10 minutos), de intercambiar, y al final del día de intentar extraer algunas enseñanzas de estos debates, que deseáramos lo más abiertos posibles, deseando que este estilo de encuentro propicie una apertura nueva en nuestro campo.

Por otro lado, continuamos difundiendo los trabajos de los carteles del pase, esta vez con la contribución del cartel 3. Otros deberían seguir.

NOTA:

[1] J. Lacan, "Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la escuela", en *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001, p. 255.

JORNADA INTER-POLOS DEL FCL-FRANCE: EXPERIENCIAS DEL PASE

El 16 de enero en Toulouse, en el corazón del magnífico museo des Abattoirs, tuvo lugar la jornada de intercambios sobre la experiencia del pase, en presencia de cerca de doscientas personas venidas de los cinco polos organizadores, pero también de todo el gran Sudoeste, de Normandía, de París y también de España. A lo largo del día, las exposiciones cortas han sido seguidas de largos y fructíferos espacios de debates y discusiones animadas, que se prolongaron hasta un momento de camaradería alrededor de la exposición de Laurence Pastissier, artista plástico que ha participado en esta jornada.

Encontraremos en el orden las intervenciones de:

- Bernard Nominé, ex-Miembro de un cartel del pase (pôle 8)
- Sidi Askofaré, miembro de un cartel del pase (pôle 6)
- Marie-Pierre Vidal, pasador (pôle 6)
- Élisabeth Léturgie, invitado, AE (2005-2007)
- Corinne Philippe, passeur (pôle 8)
- Clotilde Pascual, invitado, miembro de un cartel del pase (España)
- Béatrice Guitard, pasador (pôle 7)
- Patricia Dahan, invitado, AE
- Claire Montgobert, pasador (pôle 6)
- Pascale Leray, AE (pôle 6)
- Albert Nguyên, ex-miembro de un cartel del pase (pôle 7)
- Lydie Grandet, pasador (pôle 5)
- Béatrice Tropis, pasador (pôle 6)
- Luis Izcovich, invitado, ex-miembro de un cartel del pase.

BERNARD NOMINÉ

Introducción a la Jornada de Toulouse sobre la experiencia del pase

Buenos días a todos. Doy la bienvenida especialmente a los que se desplazaron desde lejos para compartir este momento de trabajo con nosotros. Para responder a la demanda que Pascale Leray me hizo, voy pues a comenzar esta jornada insistiendo en un punto que está presente en el título que nos reúne, la noción de experiencia.

El pase es una experiencia, cualquiera que sea el sitio que se ocupe en el dispositivo: pasante, miembro de un cartel del pase, pasador, para todos es una experiencia. Esto implica que el trayecto no está balizado. Porque, cuando se tiene una idea previa del resultado, no hay experiencia. Hay solo decepción, en la medida en que sin duda no se habrá encontrado aquello que se esperaba. Concerniendo a la experiencia del pase, la decepción es programada cuando se espera encontrar lo que el saber no puede cernir.

Este es el sentido de la intervención que Colette Soler hacía en Buenos Aires en Agosto de 2009. Ella operaba un cambio de perspectiva interrogando no tanto la insuficiencia del testimonio del pasante o de los pasadores, como la óptica del cartel. No se trataría de buscar lo inhallable, porque, decía, “buscar lo inhallable, ello programa la decepción, el sentimiento de fracaso y a veces el mutismo afligido”.

Hay que decir que se tiene las orejas entrenadas y se escucha lo que se dice en los pasillos, sin duda se habrán oído ecos de este género. Se habrá observado por lo menos la reserva, incluso “el mutismo afligido” de los que experimentaron con un cartel del pase. Salvo en los casos donde el cartel pudo orientarse allí en la estructura del testimonio que se le propuso y pudo hacer su trabajo, es decir nombrar a un analista de la Escuela. Entonces allí está más bien la satisfacción, incluso el entusiasmo.

¿Qué es este saber inhallable que se buscaría aún más allá de lo que podemos alcanzar por la palabra? A propósito de ello, Lacan evocaba “un saber vano sobre este ser que se oculta”. El ser que se oculta es el objeto a. Es el operador lógico que debería poder desocultarse en el corazón del testimonio. Pero este objeto no puede en ningún caso presentarse explícitamente en el testimonio. El objeto que se presenta jamás es ése, el objeto que se presenta no puede ser sino uno postizo.

Algunos de nosotros recuerdan las grandes puestas en escena de los tiempos de la AMP donde se nos exhibía una colección de analistas de la Escuela, cada uno se presentaba bajo la especie del objeto que pretendía haber reunido al fin de su cura. La muchedumbre subyugada se regocijaba, cada quien soñando en su fuero interior con la posibilidad de unirse un día a ese panteón del psicoanálisis, aun al riesgo de presentarse como la palea más nauseabunda.

No hay ninguna razón para pedir al pasante que se presente como objeto a, él no puede hacerlo, el objeto que presentará siempre será solo uno postizo. Ninguna razón tampoco de demandarle al AE nombrado probarnos que alcanzó esto. En cambio, es el trabajo del cartel desnudar, si puede hacerlo, la lógica de la cura.

Hoy, renunciamos a esta idea de encontrarse como objeto propiamente designable, la maquinaria [la forgerie] se había vuelto demasiado evidente. Pero lo inhallable fue a alojarse en otro lugar. Querríamos que el pasante se designara reducido al pie de la letra de su síntoma: también imposible. También allí corresponde al cartel saber reparar en esto.

El problema que se tiene con el pase, es que es muy difícil, incluso imposible hablar de él correctamente. El cartel no puede develar los testimonios que recoge. Querríamos

que los abriera, pero, en el fondo, todo es dicho en la nominación cuando tiene lugar. Entonces, ¿tendría solo un papel de selección? Esto no va tampoco. Es por otra parte la observación que hace Lacan en la segunda versión de su proposición

cuando dice que “el jurado en su función no puede abstenerse de un trabajo de doctrina, más allá de su funcionamiento de Selector”.

Hay que decir que en cuanto al aspecto del trabajo de doctrina quedamos bastante cortos.

Repetidas veces tuve ganas de encontrar a otros miembros de los carteles del pase para ver si podíamos confrontar nuestras experiencias. Hubo algunas tentativas pero jamás llegaron muy lejos. Pienso que es sin duda hacia dicho aspecto que habría que llevar nuestros esfuerzos.

Finalmente, querría subrayar un último punto. Releyendo el conjunto de las referencias de Lacan que poseemos sobre esta cuestión del pase, he sido sacudido por el hecho de que él siempre presenta el pase como su proposición; es pues una oferta de Lacan, pero por otro lado evoca repetidas veces a los pasantes como quienes se ofrecen a esta experiencia.

Pues bien, hay allí algo que me molesta. Porque ofrecerse a esta experiencia para responder a la solicitud de la Escuela, es decir [autrement] un concentrado de gran Otro, tiene pasos de sacrificio al cual valdría más no incitar demasiado a los candidatos –los cándidos a, como dice Lacan para la ocasión. Es por eso que prefiero que se considere ofrecerse “esta experiencia” antes que ofrecerse “a esta experiencia”. Es curioso como este pequeño a cambia todo. En otras palabras, no estoy seguro que haya que animar a los cándidos a ofrecerse a la experiencia como a. Basta que los que lo deseen puedan servirse de esta experiencia que la Escuela les ofrece. A cambio podrán contribuir a que la comunidad de escuela sepa un poco más sobre esta experiencia.

Toulouse, enero 2010.

Traducción: Martín Alomo (Argentina)

SIDI ASKOFARÉ

Política del pase: la responsabilidad del cartel

Con el cartel y la Escuela, el pase constituye sin duda una de las invenciones institucionales más importantes de Lacan. Sabemos hoy lo que se encontraba en el principio de esta invención y las expectativas de Lacan al respecto. Sabemos también con cuales oposiciones y con cuales resistencias se toparon su introducción y su puesta en ejecución en la misma Escuela que Lacan fundó y dirigió: la EFP. Sabemos por fin los desvíos y las explotaciones de las que su significante y su práctica fueron objeto. Inútil hacer aquí la crónica o la historia.

Partiré más bien de una consideración otra: porque toca a la verdad del sujeto (pasante) –en todo caso a lo que consiente hystorizar en el procedimiento– y a la política

del psicoanálisis (fin del análisis, transmisión del psicoanálisis, formación del analista), no es asombroso comprobar que si su significante cohesionado [fédère], el pase “realizado”, si puedo decir, divide. ¿Por qué? ¿Es fatalidad y maldición? ¿O esto valora algo que puede ser analizado –síntoma, pues– y que puede ser tratado?

Lo cierto es que el pase dividió profundamente en el pasado y, si no nos ponemos en guardia al respecto, podría ser investido de nuevo por las pasiones narcisistas y las disputas de poder contra las que ningún grupo está inmunizado. De donde se desprende la cuestión que importa para el conjunto de nuestra comunidad: ¿qué pase para nuestra Escuela? y ¿para cuáles objetivos? Cuestiones a las cuales no puede responder, desde luego, sino la Escuela.

Podemos sin embargo ponernos de acuerdo sobre el hecho de que el pase no sabría hacer las veces ni de ideal ni de fetiche. En tanto dispositivo de Escuela, no pertenece a nadie, y sobre todo no pertenece a quienes son encargados o fueron durante algún tiempo encargados de animarlo. Por fin, su buen funcionamiento, su viabilidad y supervivencia dependen de todos los protagonistas y comprometen diferentes responsabilidades. Responsabilidad de la Escuela que instituye el dispositivo, por supuesto, pero también sobre todo responsabilidad de los AME que designan a los pasadores –pieza clave del dispositivo–, de la secretaría para la recepción y el tratamiento de las demandas, los carteles para el trabajo sobre los pases, de los AE para las enseñanzas esperadas de ellos durante los tres años de su función. ¡Es decir: el pase necesita si no de todo el mundo, en todo caso de mucho mundo para funcionar y cumplir su función de dispositivo al servicio de la Escuela y del psicoanálisis!

Para hoy, deseé centrar mi contribución alrededor del cartel, de su responsabilidad, de las dificultades y posiblemente las paradojas ligadas a sus funciones. El cartel, primero porque es mi punto de observación privilegiado en el dispositivo; el cartel, luego, porque es el lugar donde se anudan más claramente las tres dimensiones (no dije: criterios) –clínica, epistémica y política (no institucional)– en juego en el pase.

Mi participación en tres carteles (seis pases, una nominación) me hizo sensible a la cuestión de la responsabilidad de los carteles. Ésta es, por supuesto, relativa a sus tareas y a lo que se espera de él al término de su funcionamiento. ¿Qué son pues estas tareas?

1. Escuchar a los pasadores;
2. Deliberar;
3. Elaborar las respuestas para los pasantes;
4. Nominar.

Aunque vemos a través de este esquematismo que las cuatro tareas, si bien anudadas, son apenas homogéneas. Lo que es común, en el procedimiento, son los puntos 1 y 2: escuchar los testimonios de los pasadores; deliberar a partir de lo que cada uno oyó de dos testimonios escuchados sucesivamente.

El punto 3, la elaboración de la respuesta que hay que hacer al pasante, vale –en todo caso en los carteles en los cuales participé– en los casos donde el cartel no procedió a una nominación.

Es sólo en dichos casos –en realidad los más numerosos– en que el cartel trabaja alrededor de la cuestión: ¿qué decir y cómo decir a este Uno no cualquiera sino singular, que es el pasante, que el cartel considera que no puede autenticar su pase?

El punto 4, la nominación, no implica la elaboración de una respuesta propiamente a hablar, ya que se trata justo de transmitir al pasante el “sí” del cartel. En cambio, es solamente cuando hay nominación que se requiere del cartel, no el producto esperado de cada cartelizante en los “carteles de lectura” o los “carteles clínicos”, sino una

elaboración, incluso una contribución al saber, y no cualquiera: al saber sobre el acto analítico y el deseo del analista.

Es en ese punto que se sitúa entonces la responsabilidad verdadera del cartel, la responsabilidad que compartirá, por otra parte, con el AE que nombró. En respuesta a lo que hay que llamar la demanda de Lacan –que hay que recordar aquí: “La cuestión a la cual llegué: ¿Quién es capaz de ser un analista? Condujo a un cierto número de mis allegados a abandonarme (esto como consecuencia de la implementación de una encuesta: ¿cómo alguien, después de una experiencia analítica, podía ponerse en situación de ser analista?” (Scilicet, n° 6-7, P. 53-54)–, en respuesta pues a esta demanda, podemos decir que la responsabilidad del cartel, como la del AE, es esencialmente epistémica.

Esto plantea a mínimo el problema de los informes entre la deliberación –de la que procede la nominación, definitiva por definición– y la elaboración de saber quién, situándose en un *après-coup*, podría venir a contrariar o a contradecir la decisión del cartel. En segundo lugar, esto subleva el problema del interés epistémico de los pases no autenticados, sobre los que se sabe que no son en todos los casos, falta mucho para ello, ausencia de pase.

Tomar en serio esta responsabilidad del cartel posiblemente devolvería el pase a su función verdadera y reduciría lo imaginario, si lo inhibitorio, de la nominación.

Porque, en el fondo, el éxito o el fracaso del pase para una Escuela no sabría apreciarse exclusivamente o aun principalmente a partir del número de demandas de pases, ni a partir del número de pases escuchados, ni finalmente a partir del número de AE nombrados. Ello sería, en efecto, reducir la política a lo institucional. La única apreciación válida de la experiencia de Escuela del pase me parece ser la que se hará a partir de la contribución efectiva al saber sobre el pasaje al analista, el acto analítico y el deseo del analista, a través de las elaboraciones de los carteles y las enseñanzas de los AE.

Traducción: Martín Alomo (Argentina)

MARIE-PIERRE VIDAL

Antes que nada

Si uno se refiere al uso antiguo de designar las notas musicales por letras, entonces podríamos decir que la A del anuncio da la nota la, da el tono a esta Jornada consagrada a las experiencias de pases. Esta A se apoyó en el cuadro como un caballete a la espera de su propio cuadro, esta A podría abrir precisamente el alfabeto de lo que nos reúne: A como Analista, Analizante, objeto a, AE...; B como Equivocación, Bewusst; ¿Como Che vuoi?, Cartel, etc.

El término experiencia en nuestro discurso es a menudo extraído del lado de lo probado, de lo que se prueba o de la prueba. Propongo restituir el vigor del origen, cuando

los griegos, en peirates, acercaban lo que se prueba al “peligro”, de la puesta en peligro, literalmente al “temerario”: ¡peirates, el “pirata”!

Por alguna facecia de la lengua, resulta que el recorte del significante “pire-hâte” “peor-prisa/pirata”, no nos abre hacia el sentimiento oceánico sino hacia lo peor, a toda prisa. Con este pirata, entonces, lógicamente, nuestro anuncio toma un sesgo definitivo de A-bordaje. Pero en respuesta al temerario, en respuesta al pirata, puede responder la zozobra.

¿Qué es lo que vendría para zozobrar el pase? Puede ser el modo de ponderación de la comisión de acogida, la posición del pasador intentado recibir el pasante como un paciente, a la inversa, el pasante que procuraría colocar al pasador de analista, el Cartel del pase demasiado seguro en cuanto a sí... En resumen, las publicaciones sobre el asunto lo atestiguan: incluso si se confía en el dispositivo, éste está animado por personas.

Demasiadas contingencias, entonces, contingencias que tengo ganas de nombrar cúmulo de circunstancias, circunstancias por ejemplo de la doxa que pudo preconizar sucesivamente el buscar en los testimonios la travesía del fantasma, la caída de las identificaciones, el objeto que uno tiene o aquel que uno es, el deseo del analista, la mutación subjetiva...

Entonces, cúmulo de circunstancias: ¿qué es lo que concurre para que la gesta se efectúe? No vacilo en avanzar que son las modalidades de acogida. Pasado el tiempo de la decisión del pasante de comprometerse en el procedimiento, viene el tiempo de la acogida de su demanda. Están concernidos la Comisión de acogida y de garantía, el Secretariado del pase, los pasadores — que aceptan o no la función— el Cartel del pase y la Escuela, puesto que el pasante demanda el pase en una Escuela, cualquiera que sea su lazo a ésta. La acogida a la función pasador, ya había hablado de eso en el momento de una intervención en el seminario de AE de Pascale Leray, Seminario —aprovecho para recordarlo— publicado por L’Enje-lacannienne.

La palabra “acogida” comparte la misma etimología que *legein*, leer, o sea recoger, reunir los *grammata*, las letras —porque si el pase es una práctica de la palabra, esto no es sin la escritura. El pasante puede haber escrito el texto de su demanda o de su testimonio— puede también encontrarse en la incapacidad de sostenerse de la escritura como de dejarse invadir por ella.

En todos los casos, habla. Habla de su cura, del trayecto de sus síntomas, del tiempo de su sufrimiento, en un dispositivo que no es aquel de la Cura.

El pasador trata de recoger en el decir del pasante algo que pudiese escribirse en un texto transmisible al Cartel del pase. Escribe un texto que se prohíbe leer más allá de lo que es dicho; se trata de un trabajo de transcripción, no de desciframiento.

Transcripción no es sin embargo transliteración: el pasador no se hace el mensajero de los signos. Muy al contrario, en sus encuentros con el pasante, elige lo que él escribe, lo que se resalta, o más bien lo que denota la presencia del inconsciente, y la manera como el pasante analizante respondió a eso por y en la cura. Porque si el pasador no debe juzgar, no está ahí, sin embargo, sin discernimiento. Es lo que lo autoriza a plantear preguntas y a pedir precisiones. Es por esto, pienso, que se escucha decir que ciertas confluencias no son posibles sino en el pase y no en la cura: el pasador interroga el decir allí donde el analista lo suspende, lo interrumpe, lo subraya.

“El pase me permitió precisar los contornos de lo que quedaba vago” dirá la primera persona a la que recibí. La segunda concluirá su testimonio así: “el pase fue un momento delicioso para mí, porque me puse a reflexionar sobre mi deseo y sobre mi posición de analista”, y al agregar en seguida: “El pase, es también un ejercicio peligroso”, peligroso, peligro...

Ustedes escuchan, el pirata, el temerario no está nunca lejos. Puede ser en un endeblesquife, no muy alejado de las costas pero no demasiado cerca tampoco. Digamos en un lugar extraterritorial, éxtimo si ustedes quieren.

Es desde tales lugares, no hace tanto tiempo, que los piratas y sus radios emitían hacia la tierra firme; las llamábamos las emisoras piratas. A sus ondas se les suponía difundir la subversión. Escuchábamos sobre todo muchas cancioncillas; hay una de esas que vuelve a mi mente, así, de pasada. Es la voz de Jeanne Moreau, sobre un texto de Elsa Triolet. Dice esto:

Soy ustedes todos los que me escuchan
Más algo que no sé
No más que ustedes pero que toco
Y que me fuerza a librarme
Vestida de desnudo, liberada
Tanto de ustedes como de mí misma.

Esta pequeña canción dice algo de lo íntimo, sin familiaridad, a lo que confronta la experiencia del pase.

Soy ustedes todos los que me escuchan
Más algo que no sé
No más que ustedes pero que toco...

El toque de lo real siempre está presente en la partición del pasante, al punto que al releer las notas de ambos testimonios recibidos, reencontré, intacto, el efecto que me confrontó con el silencio y con la soledad. ¿Este toque de lo real, cómo hacerlo presente al Cartel del pase?

Interrogando sobre lo que le permite decidir del último toque de un cuadro, el pintor Bram Van Velde tiene esta respuesta estupefaciente: “el cuadro se hizo y no lo sabía.” ¡Es tal el cuadro que deberíamos poder posarlo sobre el caballete del Afiche!

“Esto se hizo y no lo sabía.” No sabía lo que, en mi decir de pasador, escapó de mí, pero ello se hizo. Una vez reunido con el Cartel del pase, franqueada la puerta, el pasador se borra. Cuenta sólo como ausencia.

¿Qué decir sobre su deseo, del deseo del pasador?

Al término de su testimonio, uno de los dos pasantes me interrogó de manera muy pertinente: “¿entonces, qué efecto de pase tuvo sobre usted y su trabajo, nuestros encuentros?” Cualquiera que sea la respuesta dada, el hecho que la pregunta pueda ser planteada atestigua que la acogida hecha al decir del pasante no refrenaba la palabra.

Es por estas palabras del final que mido cuánto el deseo operando había permitido no elevar el dispositivo. Verdaderamente es algo muy satisfactorio. Agradezco por eso a los pasantes que arriesgaron su todo por el todo en estos encuentros escritos con tinta simpática, en una afinidad no invisible sino difuminada. Otra manera de evocar la “fraternidad discreta” de la que habla Lacan.

¿Entonces, a pesar de todo, cuál abordaje del pase ahora?

Comprendo que soy activa en el dispositivo desde hace más de dos años, de antemano como pasadora, ustedes lo escucharon, luego como pasante desde hace algunos meses. Quería, para acabar, decirles sobre eso algunas palabras.

No sé cómo esto se anudó, pero para mi gran sorpresa ¡he ahí que me inscribí en un curso de español! ¿De dónde surgió este deseo? Misterio (1). Por cierto, en el encuentro con el segundo cartel, no poder participar en la traducción de lo que decía delante de los colegas hispanohablantes contó demasiado. Aprender a contar, es por otra parte así como uno comienza la mayoría de las veces el aprendizaje de otra lengua.

Entonces aprendo la cantinela uno, dos, tres y otra vez, incesante, una pequeña voz interior que me repite una y otra vez el número once que no estoy segura de pronunciar bien: once, on-ce, hasta que se produzca la desarticulación entra "on sait/on-ce" (sabemos) y "o-ne-ce/on ne sait (no sabemos)". Y en seguida, vean lo que está la lengua con sus pequeños trozos sonoros y sus efectos incalculables, en seguida surge la representación escrita en cifras del número 11, uno y uno, estos pequeños unos los que nos ocupan tanto...

Me vuelve entonces como un flash la manera como Stella Baruk (2) comenta la numeración: en la escritura de 11, hay un 1 que dice la verdad, él dice a Uno, y un 1 que no dice la verdad, dice 10 (diez-uno) 3. Saber y verdad no hablan la misma lengua, por cierto.

Pero *lalengua* no acabó de llevarme en sus aluviones. Porque en el momento de redactar este trabajo, escribo once con todas sus letras O, N, C, E. ¡Y allí, bingo! Es el relámpago: estas letras allí, esto no es del español para mí, es del inglés: ¡once! ¡Una vez! "Once upon a time": érase una vez.

Érase una vez... el pase!

Les agradezco.

*Toulouse, el 16 de enero de 2010.
Traducción: Ricardo Rojas (Colombia)*

NOTAS:

[1] "Lo real, diría, es el misterio del cuerpo hablante, es el misterio del inconsciente." J. Lacan, El Seminario, Libro XX, Aún, París, Seuil, 1975, p. 118

[2] Baruk, Cuentas para pequeños y grandes, París, Magnard, 1997.

ÉLISABETH LÉTURGIE

Después del pase

El procedimiento del pase ha devenido una referencia ineludible y, ya sea compartido, discutido o rehusado, no hay psicoanálisis lacaniano sin el pase. En tanto que invención de Jacques Lacan, nos inscribe en su campo y nos determina como lacanianos. Cada uno tiene su posición enunciada respecto al procedimiento, que puede declinarse con un: me presentaré - no me presentaré - ahora no - o nunca no - o nunca - o a veces: aún no lo sé. Tenemos entonces una relación lógica y afectiva al pase y muchos están en el procedimiento sin ser pasantes, lo que no es sin consecuencias para la Escuela.

Están desde luego los pasadores, implicados sin saberlo, el cartel del pase, entre cuyos miembros hay los que no han hecho el pase, y los pasantes no nominados. Es esta experiencia, agujereada de parte a parte y constituida de fragmentos de saber, la que da su valor al procedimiento. Es el no-todo con el que se sustenta el deseo del psicoanalista y a partir del cual se puede esperar de una Escuela que garantice que un analista depende de su formación. Si no, decía Lacan, es el Estado el que se inmiscuirá (es exactamente lo que está pasando). La Escuela no garantiza el psicoanalista en su consulta sino su formación y su compromiso. Es nuestra orientación ética y es esencial.

Cuando el analizante deviene pasante, decide decir a perfectos desconocidos lo que ha sido descubierto en la transferencia; es radicalmente diferente, es a penas concebible, y sin embargo al arriesgarse estrecha el vacío cernido en el análisis, de otra manera. Testimonia de ello ese pequeño hecho clínico oído de los pasantes que se han presentado al pase antes de su fin de análisis, que señalan que hablaban muy poco de su pase a su analista y no esperaban ningún comentario; el corte ya se había realizado y había permitido la entrada en el procedimiento. No se habían dado cuenta de ello, y eso no dejaba de sorprenderles cuando lo hablaban posteriormente.

El corte se realiza de una manera distinta y radical. Está enlazado al hecho de que el encuentro de lo real en la cura hace efracción. Es un momento terrible, en que el sujeto trata de manera particular de descubrir, en su cura, qué objeto es él, gracias a una maniobra del analista, no basta para decidir al sujeto a valerse de ello en el pase. Si se arriesga, eso le permite cernir el objeto como causa de su verdad de una manera particular, única, que revela la dimensión de semblante.

La destitución se realiza en la cura, pero, en el pase, el sujeto percibe su ser de objeto con una iluminación mitad sol mitad sombra que hace signo de una proximidad de lo real. Ella permite entrar en "el dispositivo cuyo real toca a lo real" ("...Ou pire", en Otros escritos) Paris, Seuil, 2001, p.549) Es una proximidad desconocida, pues el pasante procura decir lo que ha hecho su deseo de analista, fuera de transferencia. Es un otro tajante el que puede presentarse allí.

¿Qué deviene el real inasimilable al corazón del humano? "Este invariante inaudito" que hace de cada uno un ser único ¿después del análisis es autentificable? ¿Es él diferente después del pase? ¿Se guarda de él un recuerdo mucho más aguzado? ¿Se opera de otra manera sobre el real en juego en el psicoanálisis después del pase? ¿Qué será su resto? ¿Cómo servirse de él? ¿Podrá percibirse en la clínica, a condición de que los analistas hablen de su práctica? No todos lo hacen, y el efecto del psicoanálisis se calcula difícilmente. No es tampoco que el pase proteja de ser re-atrapado por el fantasma...

¿Entonces? En el repertorio de nuestra Escuela, cada uno está dotado de uno de los títulos inventados por Lacan y a los que nos conformamos tranquilamente; no creo que cuando alguien pide entrar en la EPFCL lo pida a título de tal, ni que uno se lo plantee; no, se pide ser miembro. Los nombres propios, a los que siguen letras, permiten a cada uno reconocerse, pero hay una paradoja para el AE, el cual, nombrado por tres años, parece guardar sus letras, como lo indica nuestro programa de hoy. Puede guardar sus letras incluso si cambia de escuela, pues a veces podemos aconsejar un analista diciendo: "Es un AE de la ECF"... ¿cuando hemos procurado separarnos del resto! Y es que la nominación atraviesa las escuelas y vuelve al sujeto, desde sus pares.

Lo que se prende con las dos letras de una nominación después del pase, es al menos una cosa, que lo real ha sido tratado en una cura. ¿Será "un estatuto legal" reconocido a una experiencia? Como si en la nominación AE las letras designaran "ese algo" que ha sido nombrado y que no se disuelve con el paso de los años.

Es una experiencia de límite que da la sensación de tener dos facetas: aquella íntima de su propio descubrimiento y aquella éxtima de la nominación dentro de la Escuela. Si la nominación autentifica que el fragmento de real se verifica como núcleo

del deseo del analista, eso no se pierde jamás. Pero no tanto como título sino más bien como “punzón”, esas dos letras atrapando algo de lo real de lo cual se trata de hacer un lugar: analista de la Escuela. ¿Por qué eso se enuncia tan poco así, cuando ello evocaría con más precisión la responsabilidad del nominado?

Para la otra garantía, AME, esto no ocurre de la misma manera. Cuando hay nominación es que el nudo localizado de los significantes que cierra el vacío central se ha podido enunciar sin vergüenza, y sin ganancia de ser. El pasante había dejado justamente la ilusión de ser antes de comprometerse en el procedimiento; es algo de este desear lo que sabrá ser enunciado, compartido, fuera de transferencia.

El sujeto había pasado del lado del objeto en el final del análisis, el pase es su borde, eso queda para siempre más como experiencia de un franqueamiento que conoce una lógica. Por otra parte ¡es un imposible estructural instalarse en el pase! Cuando el procedimiento se termina, el efecto perdura algún tiempo y después es relevado por las letras, las cuales tratan de sujetar socialmente esto que es tan particular y se opone a la normativa ideal.

Nada viene a colmar la falta estructural descubierta en la cura y aceptada de manera particular en el pase, pero es precioso haber podido acercarse hasta allí y es esto sin duda lo que queda en las dos letras de AE.

Sin embargo, se plantea la pregunta de saber cómo caminar en nuestra Escuela sobre el efecto del pase que no viene seguido de una nominación. Si el sujeto resulta herido, es que estaba lejos y aún a la espera de una garantía del Otro. Eso no será sin consecuencias para él, si extrae una enseñanza, y esto es lo que entiendo cuando escucho o cuando leo ciertos relatos: hay alguna cosa a obtener de esta experiencia.

¿Bajo qué forma? Ésta es a inventar, pues el testimonio es sospechoso en nuestra Escuela. Evidentemente, nos acordamos de la ECF y de lo que rehusamos como repetición; pero renunciar a escuchar a un pasante, tranquilo con su íntimo al punto que lo denuncia para captar los mecanismos, es para preguntárselo, en tanto que los elementos personales escuchados en el testimonio son a rehusar. Es el primer tiempo de una transmisión que deberá encontrarse a partir de un deseo particular y hará un estilo.

¿Por qué temer que el pasante que ha dedicado toda su cura a separarse de los significantes del Otro se aferre de repente a un lugar para ser representado en el campo del Otro por dos letras?

Es uno de los problemas del pase, está de tal modo en el corazón de nuestro campo lacaniano que la nominación tiene un efecto innegable, por sí mismo, tan pronto como una tendencia a defenderse de este efecto, incluso a negarlo para el grupo. Como si el real en juego produjera su efecto de aislamiento.

La nominación significa que el pasante ha sabido transmitir a los pasadores los diferentes franqueamientos que lo han conducido a ser analista y que el cartel lo ha captado. Es este el éxito del pase: decir sin temor de no ser entendido. Es la realización temporal, y que no creo jamás definitiva, del “no hay Otro del Otro”. Esta aserción debe tomar un lugar particular para que el pasante esté en la transmisión de un acto enlazado a un deseo que no puede elaborarse más que a partir de lo singular y no sólo de lo teórico.

¿Se puede, por ejemplo, escuchar de los pasantes sueños que testimoniarían de una inscripción inconsciente del pase y no sólo como realización de un deseo? Sería una de las formas de la proposición de Lacan de “ser analista de su propia experiencia”. “Su” en esta frase reenvía tanto al pasante como a la Escuela. Es justamente el sentido de nuestro encuentro de hoy, ya que “es nuestra apuesta de decir”, declaraba Lacan en 1973.

Toulouse, 16 enero 2010
Traducción: Rosa Escapa (España)

CORINNE PHILIPPE

¿Por qué presentarse al pase?

Si comienzo por aquí, es porque la pregunta me concierne. Esta se planteó en el período en que era pasador. Incluso antes de encontrarme con los pasantes, tenía ciertos fragmentos de respuesta –el primer movimiento no puede ser sino de entusiasmo, de sorpresa: presentarse al pase para hacer saber lo que acaba de producirse en análisis, vuelco que da la impresión de haber descubierto el inconsciente.

El inconsciente real es un territorio que se descubre en el análisis, y quien toca su borde siente el shock del inventor ante su hallazgo. El pase es correlativo de una invención de saber del inconsciente. El verbo “inventar”, tan equívoco hoy en día, significa también “encontrar”, “localizar”. Se puede decir, por ejemplo, que tal biólogo es el inventor de tal bacilo; hay algo allí en el acto de nombrar, una puesta en evidencia, una extracción sobre lo real.

El analizante inventa el saber del inconsciente. Salvo que no hay allí ninguna necesidad de igualarse a un inventor para hacer la invención, puesto que el analizante no cuenta allí para nada. Es por lo que resulta imposible hacer alarde de una invención, de un hallazgo. No es ningún triunfo, el acontecimiento tuvo lugar a pesar del sujeto. Para cada uno de nosotros, lo genial es el inconsciente. Sería más justo decir que el analizante se ha dejado encontrar por el inconsciente, que ha extraído de *la lengua* un decir de goce. El analizante llegó a buen puerto, amarrado, cargado, lleno de un goce incurable. Finalmente.

¿Cómo callar, guardar para sí un descubrimiento tal? Cuando el analizante llega deslumbrado a ese punto, el entusiasmo lo empuja a decir, a testimoniar de su experiencia.

Hay otra razón que empuja a presentarse al pase, y es que el analizante piensa en pasar a ser analista, o más justamente al deseo del analista. Deduce su deseo de ese acto del que no es el autor, lo que más que nunca lo lleva no a creer, sino a certificar la ex-sistencia del inconsciente, del que intentará dar cuenta en el pase.

El saber del inconsciente no se aprende, se devela. Cito a Lacan (La Grande-Motte, 1974): “El analizante no lo ha aprendido para nada, sino que eso se le ha develado.

La dimensión del aprender es muy distinta a la del develar, su primer movimiento es el de no saber por qué lado eso lo atrapa”. Creo que hay allí una preciosa indicación de lo que puede producir la interpretación por el inconsciente real. El analizante no deja de volver a él, es un tiempo suspendido.

El develamiento no tiene ya nada del movimiento que consiste en interpretar el inconsciente. El lugar de la enunciación es radicalmente Otro. El analizante se encuentra interpretado a menudo, anudado, estampillado a un decir de goce: “Tú eres eso”. Al mismo tiempo, el analista es eyectado como objeto. Es necesario un cierto tiempo para volver a meterse allí, hay todo un período de oscilación y de desorientación durante el cual es muy difícil pensar la experiencia. Mi designación como pasador llegó en ese tiempo irresuelto. Yo esperaba, aceptando ese trabajo, saber un poco más acerca de las consecuencias del acto.

El procedimiento del pase es un lugar donde se transmite la experiencia analítica. No es el único, obviamente, pero sin duda es irremplazable. Requiere la sorpresa, la curiosidad por las condiciones del acto analítico. ¿Cómo explicar que lo impensable haya podido producirse en ese análisis? No es cosa sencilla y hace falta luchar con la opacidad que resiste a la lógica y al entendimiento.

Que el resultado interese o no a la escuela escapa al pasante, quien ignora totalmente lo que ocurrirá con su testimonio. El pasante hace una oferta. Él no dispone de

nada más. Por consentir a la ausencia de dominio, los pasantes con los que me encontré tenían una libertad de tono, una soltura que hizo al pase ligero y alegre. Ellos hicieron deconsistir las inquietudes que yo tenía acerca del pase, sus acentos superyoicos.

No dejé de plantearles la misma pregunta a los tres pasantes con los que me encontré: ¿por qué el pase? Recogí diversas respuestas de diversos alcances, ya que cada uno hizo un uso singular del procedimiento. Necesidad subjetiva de servir al psicoanálisis o deseo de servirse de la escuela. Algunos pasantes tienen una expectativa fuerte, otros para nada. El estilo del testimonio está modulado por la puesta del pasante; en todo caso, en tanto pasador, creo haber sido sensible a ello.

No hay ninguna garantía de hallar satisfacción personal en el pase si la demanda del pasante apunta a una validación a través del Otro. Seguramente, para el pasante la decepción puede estar en el momento de la cita. Ídem para el pasador y para los miembros del cartel, el saber del pasante puede perderse, no hallar destinatario.

Sin embargo, si un nuevo saber no llega siempre al jurado, creo –ha sido así en mi experiencia– que algo se transmite en la vertiente de la ética. El pasante, lo constaté cada vez, es el que no retrocede ante el riesgo a asumir. El riesgo de autorizarse como analista, el riesgo de decir las razones para ello, el riesgo de la intranquilidad desde el momento en que se dirige a otros. Tomar un riesgo es avanzar, osar algo de lo que no se puede tener la garantía de un beneficio.

Otra vez Lacan, en *La Grande-Motte*: “El resultado (del pase) es algo totalmente nuevo, algo que, para cada uno de los que allí están presentes, no ha sido sin efecto”. Prosigue: “Efectos que son perjuicios” (dégâts). El término es fuerte, pero Lacan sabía de lo que hablaba. “Estoy aquí con los perjuicios sobre mi espalda –dice él– y esto no es inútil puesto que [...] si hay alguien que pase su tiempo en pasar el pase soy yo”. Agrega: “Perjuicios, es cierto que como estamos estropeados, nosotros, los de la especie humana, los perjuicios son lo que mejor puede venirnos”.

Creo que lo que mejor nos viene en la circunstancia es la puesta a prueba de la relación con el saber. El pase no es un resultado, un fin en sí mismo, no cierra nada. Si debe ser idealizado, no es por ninguna otra razón que porque pone a trabajar, nos mantiene despiertos ante lo que nos inclina a dormir.

El pasador no es el último en interrogarse acerca de su relación con el saber.

¿Qué sabe acerca de ello? Si fue designado por estar muy cerca de lo real del pase, eso no lo convierte en un experto, él no sabe con seguridad cómo el análisis de los otros debe desarrollarse y terminar. Su saber es tenue. Es un saber demostrado.

En razón de la nueva relación que tuve con el inconsciente, me di cuenta de qué difícil era conmovirme. Yo era insensible a las elaboraciones del sentido. Renuncié progresivamente a tomar nota de todo lo dicho para esperar el momento en que lo real quiebra la pantalla del fantasma. Renuncié a atrapar todo, a retener todo. Esta seguridad la obtuve de la experiencia, tan viva en ese momento. Es un hecho, me sentía “seguro”

Hace falta sin duda vigilar este lugar para que no se cierre. Pero, sin ese punto fijo, ¿cómo no perderse en una identificación histérica con el pasante o con el analista?

Mi análisis me había enseñado que no hay otra causalidad del goce que aquella del balbuceo de la lengua. Verdaderamente, no hay cómo hacer de eso una novela, *lalengua* no empuja a la construcción, sino a la deconstrucción del sentido. Es por lo cual no se puede atrapar la trayectoria de un análisis si no es por la báscula de lo real, báscula que se adelanta a la conclusión del sujeto. Es que ella ordena el inicio, plantea la cuestión de la entrada y nombra al síntoma. Hay una lógica de *après-coup* y, sobre todo, la marca de una reducción. Yo no soy poeta, decía Lacan, sino poema. El pase hace de vosotros alguien a quien se lo tiene por dicho y, más aún, alguien que se tiene por dicho.

En ese momento de destitución, de ese reencuentro del fuera-de-sujeto del inconsciente, ¿adónde es desplazada la enunciación? –del poeta al poema. ¿Resulta para otro

tan fácil ubicarla? No hay ninguna comunión posible con el inconsciente del Otro. Pero reconocer no es saber por el otro. El pasador es reactivo, se presta a la reacción a partir de su propia relación con lo real.

Se espera de él que transmita el esbozo, la lógica del testimonio del pasante. Si eso alcanzara, la función del pasador podría ser propuesta a muchos más. Pero el pasador se utiliza no como un informante aplicado, sino como placa sensible. Así, no es la prudencia ni el saber doctrinal lo que constituye a un pasador, sino su capacidad de reaccionar. Sin duda, hace falta contar con lo que se le escapa un poco al pasador, eso que lo atrapa sin saberlo. Que se deje impresionar, alterar. Es infaltable, el pasador siempre es impresionado, afectado de una manera u otra. Ningún cartel dejó de observar los efectos que el testimonio había producido sobre mí.

Algunos efectos se disipan rápido luego del procedimiento, pero hay un resto que no se olvida, algo que se transmite más allá del saber, y que pone al pasador, a su turno, en trance de responder por el psicoanálisis. Luego de esa experiencia, la cuestión de presentarse uno mismo al pase se plantea de forma inevitable. La entrada en el procedimiento como pasador puede ayudar a franquear el paso y, de pasador, pasar a pasante. El encuentro con el pasante refuerza la idea de que no hay que retroceder ante las propias responsabilidades. Un psicoanálisis, y eso sólo sirve a uno, hace fructificar

un uso satisfactorio del goce. De donde, para algunos, la elección posible del pase, la de explicarse acerca del deseo del analista.

Entonces, una palabra para responder a mi pregunta del inicio. ¿Por qué presentarse al pase? Más allá de lo que el pasante ubica para sí mismo y que no está seguro de alcanzar, tal vez sostenga bastante al psicoanálisis por dirigirse a los que éste sostiene. Nadie puede considerarse propietario de su cura, propietario de una invención –y lo que de allí adviene no nos pertenece. La destitución subjetiva permite sin duda hacerse responsable de lo que no nos pertenece.

Elegir el pase es rechazar toda complacencia con la impotencia y la evitación, que cubren el horror de la castración. Del pase se deduce, más que nunca, en qué un análisis permite hacerse una conducta en la experiencia. De no ceder en su deseo, cueste lo que cueste, ocurra lo que ocurra, y de hacer así acto para la comunidad analítica, es una experiencia que en sí puede ser totalmente renovadora.

Traducción: Pablo Peusner (Argentina)

CLOTILDE PASCUAL

Enseñanzas de los carteles del pase: cada pasante encuentra su solución

Voy a tratar de hablar de la experiencia que tengo en un cartel del Pase y de lo que estoy aprendiendo por participar en este dispositivo.

Antes de continuar, quiero decir que estos carteles han comenzado su trabajo desde hace un año aproximadamente y el cartel en que participo no ha escuchado pases hasta el mes de Octubre pasado, habiendo escuchado tres pases hasta la fecha. Así, mi participación hasta ahora es modesta. Sin embargo, voy a tratar de una serie de puntos desprendidos de los testimonios escuchados.

PRIMERA PARTE

Voy a comenzar por decir primero lo que esperaba encontrar en la escucha de los pases, en relación a las cuestiones que buscaba, debido a las lecturas que había realizado de los testimonios publicados así como por la escucha de los testimonios públicos de algunos AE.

Una de estas cuestiones, es que siguiendo los textos más fundamentales de Lacan que conciernen al paso al deseo del analista en el pase y su dispositivo (el texto de 1967, La Proposición sobre el Analista de la Escuela, y el texto de 1976, Prefacio a la Edición inglesa del Seminario XI), constaté en la escucha de los testimonios una dificultad para cernir este pasaje.

Para decirlo de otra manera, hay pocas referencias y en ocasiones ninguna que conciernen a la entrada en la práctica analítica y el porqué y cómo se articula esta entrada en la práctica con el pase clínico, así como las repercusiones de este pase en la práctica y de esta práctica en la conducción de las curas analíticas.

Una segunda cuestión, es que la interpretación del analista no tiene el lugar que hubiera podido suponer en las curas. El análisis se desarrolla como si la interpretación del analista no tuviera un lugar particular, sobre todo las interpretaciones o señalamientos en relación al final de la cura. En ocasiones es como si este analista no hubiera estado presente.

Si señalo estos puntos, es por supuesto, para podernos preguntar en relación a estas cuestiones si estas dificultades son debidas a:

- Una cuestión de estructura, tal vez busco algo que toca a un real difícil de decir con palabras. El momento del Acto analítico que cierra el paso a una posición del analista tiende al olvido, hemos escuchado decir muchas veces.
 - Una cuestión de doctrina teórica, de la que tanto los pasantes como los pasadores como los miembros del Cartel del pase, hemos esperado la confirmación a esta teoría en el dispositivo del pase, tal vez al pie de la letra. Es decir que hemos esperado ver un recorrido de travesía del fantasma, atravesamiento del mismo con el pase por el objeto, deseo del analista ligado a esta travesía, identificación al síntoma...), conceptos que pueden encerrarnos en relación a esta teoría.
 - A la cuestión que expuso Colette Soler en su ponencia en la Jornada de Escuela de Buenos Aires, diciendo si no sería que el cartel del Pase no sabía leer o extraer en el discurso del pasante lo que releva de este punto del deseo del analista. Esto podría ser debido a buscar un imposible. Por ejemplo, que el pasante pueda decir que objeto ha sido de una manera conclusiva, cosa imposible ya que el objeto es del registro imaginario, y aunque haya uno prevalente, no se puede llegar a un pase clínico con una afirmación total del objeto que se fue para el Otro, a la manera de mostrarlo.
- Una cuestión de doctrina teórica, de la que tanto los pasantes como los pasadores como los miembros del Cartel del pase, hemos esperado la confirmación

a esta teoría en el dispositivo del pase, tal vez al pie de la letra. Es decir que hemos esperado ver un recorrido de travesía del fantasma, atravesamiento del mismo con el pase por el objeto, deseo del analista ligado a esta travesía, identificación al síntoma...), conceptos que pueden encerrarnos en relación a esta teoría.

- A la cuestión que expuso Colette Soler en su ponencia en la Jornada de Escuela de Buenos Aires, diciendo si no sería que el cartel del Pase no sabía leer o extraer en el discurso del pasante lo que releva de este punto del deseo del analista. Esto podría ser debido a buscar un imposible. Por ejemplo, que el pasante pueda decir que objeto ha sido de una manera conclusiva, cosa imposible ya que el objeto es del registro imaginario, y aunque haya uno prevalente, no se puede llegar a un pase clínico con una afirmación total del objeto que se fue para el Otro, a la manera de mostrarlo.

SEGUNDA PARTE

Después de exponer lo que busqué y no encontré, voy a tratar de aquello que no esperaba encontrar y que sí encontré, con la sorpresa de este encuentro.

Encontré lo que llamaría una demostración, en relación a la lógica de la cura, que se desprende por una parte de una lógica significativa del sentido, y de otra parte de lo que llamaré las discontinuidades significantes en el discurso del pasante en relación a esta lógica. Lo que da relieve y valor a esta discontinuidad, son los significantes que en la historización del sujeto dan paso a la hysteriorización del analizante al analista. Como nos subrayó Bernard Nominé, en la inauguración del Seminario de Escuela de Barcelona, en el pase lo que debe ser puesto de relieve y tiene valor, es la hysteriorización que muestra el paso del analizante a analista y no solamente la del sujeto en análisis.

Entonces, lo que hace demostración, es lo que en la lógica de la cura que se da a ver, estos significantes que se desprenden y que han sido una sorpresa durante la cura, para el mismo analizante, bajo transferencia. Sorpresa que es debida a una enunciación que se separa de la historia del sujeto y que toca a lo real. Por supuesto que solamente toca a lo real, puesto que como dice Lacan en el Seminario Aún, se trata de "elucubraciones sobre lo real", lo que quiere decir que no se puede llegar a decir lo real en tanto que tal real, sino que se trata de elucubraciones sobre la lengua, en una sola palabra, *lalangue*. Lacan nos habla extensamente en dicho Seminario entre otros párrafos en el siguiente: "El Uno encarnado en *lalangue*, se queda indeciso, entre el fonema, la palabra, las frases, podemos decir todo el pensamiento". Indeciso, quiere decir elucubración, aproximación solamente y de forma diversa.

Se trata en estos significantes, de agujeros en la significación y el sentido, enigmáticos para el sujeto mismo, en un primer momento. Significantes que logran transmitir lo que ha sido su "verdad mentirosa", poniendo un límite a esta verdad mentirosa, tal como Lacan nos dice en el texto del Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI.

Voy a tratar de decir algo más. No es tanto el relato de la historia del sujeto, o del recorrido de la cura (que por supuesto es fundamental ya que sin ese recorrido no se puede llegar a nada), sino lo que se desprende en estos significantes. Significantes que marcan una ruptura con la articulación significativa anterior, que condensan un goce que muestra algo del fantasma y del síntoma del sujeto, que constituyen la base, la plataforma del pase clínico del analizante. Plataforma que regula el goce, y que hace aparecer un saber sin sujeto. Lo que Lacan nombra en el primer párrafo del texto del Prefacio: "Se sabe, por sí mismo".

En esta plataforma estaban dibujados, esbozados, desde siempre, con el desconocimiento del sujeto, el trauma, el fantasma, el síntoma y finalmente lo que hace límite para el sujeto, concerniendo un real fuera de sentido.

Por otra parte, cuando el analizante llega a este límite, muestra que hay un pasaje del sufrimiento del síntoma al saber hacer con este síntoma, lo que desde Lacan llamamos identificación al síntoma. Y aunque el sujeto no sepa exactamente en que consiste este síntoma, sólo sus modalidades, es toda su historia que estaba determinada por él. Esta historia deja una redistribución del goce y unos restos de transferencia que van a permitir una práctica clínica orientada por la ética psicoanalítica o lo que quiere decir lo mismo, orientada por el deseo del analista.

De esta forma, la clínica del pase me ha permitido pensar una clínica de la variedad sintomática de cada sujeto, que pone de relieve la singularidad y la manera de encontrar una solución particular al tema del síntoma y del paso al deseo del analista. No se trata en esta clínica de verificar la verdad del sujeto, cosa imposible, sino de verificar la variedad del síntoma, de ese paso al deseo del analista y de la redistribución del goce.

Ciertamente, no es lo mismo pensar un síntoma sólo en la significación significativa y el sentido, que ocupa una gran parte del análisis y que inevitablemente se debe pasar por ahí, que de situar el síntoma y lo que lo sostiene a partir de estas "elucubraciones de *lalengua*", que marcan lo que llamo las discontinuidades significantes y un antes y un después de llegar a ellas. Discontinuidades que marcan la relación complicada entre el cuerpo y lo simbólico. Relación que es complicada porque hay lo real que no tiene una traducción directa.

Por otra parte, pienso que lo que he aprendido, a partir de mi experiencia en el Cartel del Pase, se debe sobre todo, a que esta experiencia me ha liberado de la idea de buscar un saber que concerniendo al sujeto daría la fórmula de su saber y de su deseo. Tal vez una cierta lectura del texto de la Proposición para un analista de la Escuela, me había llevado a formular las cosas de esta manera. La idea de Lacan era en dicho texto, que el pase clínico era la solución al problema del deseo en términos del deseo del analista. Pero yo buscaba, sin decírmelo, la solución con un gran L, con mayúsculas, y poder participar a un cartel del Pase, me ha permitido ver las cosas de una manera diferente.

A propósito de esto último, Lacan había mencionado en otro texto: El Prefacio, texto de 1976, que según mi opinión complementa el del Analista de la Escuela, que las cosas no son tan evidentes en lo que concierne al saber. Nos dice que la cura freudiana sirve para situar el saber sobre los amores del sujeto con la verdad, pero que justamente el analista resulta de la caída de estos amores con la verdad, siempre mentirosa.

Y esto da una decepción, que muestra la ruptura entre verdad y real. Es en esta ruptura que el sujeto debe atravesar esta decepción. Decepción de no poder sostenerse de la verdad mentirosa de su fantasma, al mismo tiempo que se abre la posibilidad de sentirse aliviado de la culpabilidad de deber sostener esta mentira.

Tengo la hipótesis de que si hay algo a poder esperar de un testimonio del pasante, es que pueda mostrar este alivio, producto de una caída de la verdad mentirosa que produce al mismo tiempo la caída de la culpabilidad en relación a otro al que se sostiene con una mentira. Esto produce un alivio que permite la caída del sujeto supuesto saber y por otra parte muestra una satisfacción diferente a la que presentaba cuando gozaba del fantasma y no se enfrentaba a él. Esto da la manera particular de encontrar una solución particular, y no La solución.

Esta manera de entender el pase ha producido en mí una cierta pérdida de algunas certezas o idealizaciones (la doctrina que nos cierra en cierta forma) pero también una satisfacción, la de tratar de comprender la solución particular de cada pasante cuando no está más en la ficción de su caso.

TERCERA PARTE

Y para finalizar, ¿qué es del deseo del analista? Pienso que implica esta separación de la mentira del fantasma, con las vueltas necesarias para ello. En el testimonio que traigo, fueron necesarias dos vueltas fundamentales. Esta separación lleva consigo la articulación del atravesamiento del fantasma entre decepción, (donde es evidente que las identificaciones están vacilantes o cayendo), alivio por poderse quitar de encima la verdad mentirosa del fantasma y una redistribución del goce, es decir otra satisfacción (como nos dice Lacan en el texto del Prefacio). Articulación que forzosamente por la distribución del goce diferente dará lugar a una ética del bien decir, que mostrará una manera de hacer frente a la práctica analítica diferente.

El Cartel del pase me ha mostrado que en cada pase, las cosas pueden suceder en el sentido en que el pasante pueda mostrar y transmitir a los otros (pasadores), y por ellos a los miembros del cartel del pase, algunos puntos cruciales en relación a su recorrido, sobre todo en lo que concierne a su pase clínico, y a su solución particular ligada a su deseo de analista. Si esto ocurre así, habrá nominación de AE. Pero me ha mostrado también que siempre y por fuera de la posible nominación hay una enseñanza a poder transmitirse en todos los casos que he escuchado, al conjunto de la Escuela.

El pase muestra que no hay universal a buscar, que hay encuentros en relación a poder decir cómo saber hacer en la ruptura entre el sentido y lo real. Me he encontrado, por esta experiencia en el Cartel del pase, más cerca de la singularidad de cada caso de pase, que de estar preocupada porque la teoría "casase" con la clínica del pasante.

Por otra parte, y es importante señalarlo, en el trabajo en el Cartel, se trata de juntar entre todos lo que cada uno ha escuchado de este pase, y poder llegar a una conclusión sobre los puntos escuchados en el testimonio de pase.

Puntos que pueden hacer transmisión de un paso de analizante a analista. Se trata en esos casos de que el Cartel pueda certificar (nunca construir en el lugar del pasante) que éste por su testimonio (sin duda en este testimonio hay muchos factores coyunturales también), puede transmitir su recorrido analítico como Analista de la Escuela.

BIBLIOGRAFIA

- NOMINÉ, B. "Inauguración del seminario de la Escuela del FPB, sobre el Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI de J. Lacan", Barcelona, octubre 2009.
- LACAN, J. "Proposición para un psiconalista de la Escuela", 1967.
- LACAN, J. "Prefacio a la Edición inglesa del Seminario XI", 1976.
- LACAN, J. El seminario, Livro XX, Encore, Paris, Seuil, 1975.
- SOLER, C. "Lalangue, traumatique", extrait des cours des 17 et 31 janvier 2007.
- SOLER, C. "El inconsciente real, consecuencias para el pase", Cita de San Pablo, 4 juillet 2008.
- SOLER, C. "Las consecuencias del acto cómo reconocerlas?", Primera Jornada internacional de la Escuela (EPFCL), Buenos Aires, agosto 2009.

BÉATRICE GUITARD

El pase

Me entrevisté con dos pasantes de manera casi simultánea – de noviembre a enero luego con dos carteles diferentes, éstos muy distantes (uno en enero, otro en julio).

Señalo inmediatamente este detalle que tiene su importancia: me pareció complicado dar testimonio en un plazo tan largo (seis meses después de la recopilación del testimonio). La frescura del recuerdo se había perdido un poco. No estoy segura que el esfuerzo necesario para su reanimación no haya tenido algunas influencias sobre mi testimonio.

Si lo menciono, es porque esta divergencia es un efecto de la elección de nuestra escuela, de dar al pase una dimensión internacional. La distancia para reunirse complica las cosas.

Por otra parte, tuve la oportunidad de recibir el testimonio de una pasante para quien el francés no era la lengua de origen. Es de este encuentro con la lengua extranjera que quisiera hablar.

Es originaria de América Latina. En el momento de su testimonio llevaba en Francia seis años, había adquirido un buen dominio de nuestra lengua, que practicaba correctamente.

Sin embargo, se le escapaban aún los matices requeridos para dar cuenta de matices y trampillas que convoca el inconsciente en un recorrido analítico. No es fácil en efecto mencionar a la vez todas las emociones-sensaciones que jalonaron muchos años de análisis y las construcciones progresivas relacionadas con éste. Ya en nuestra propia lengua se tiene dificultades.

Por mi parte, no hablo el español y no estoy familiarizada con el contexto cultural de Sudamérica. Un esfuerzo de atención constante, fue pues necesario de ambas partes.

Salíamos una y otra agotadas de estos encuentros (dos, más dos llamadas telefónicas). Sin embargo, pasó y bien pasado. Quisiera intentar dar cuenta de eso.

El primer factor tiene que ver con la personalidad de esta pasante, mujer muy calurosa, extremadamente vivaz y espontánea. El contacto con ella se establecía fácilmente. Pero lo que me impactó fue el uso que hacía de su relación a la lengua extranjera, a las palabras. Completamente comprometida con lo que pretendía transmitir, ponía allí toda su energía: “Era necesario que eso pasara”. ¿“Qué?” Su deseo de decir, no solamente decírmelo de llegar lo más cerca posible de su verdad, inclusive utilizando los movimientos del cuerpo: gestos, mímicas. ¿“Has comprendido?” –Uhhh... no estoy totalmente segura...– Bien, yo vuelvo a empezar... “Practicaba” el francés correctamente, lo dije, pero con un fuerte acento. Algunas palabras eran difíciles de entender, algunas frases no siempre bien construidas, cometía errores en el manejo de los géneros masculino y femenino... Ante mis perplejidades o mis incomprensiones, utilizaba toda clase de medios hasta estar segura de haberse hecho comprender. Sentía, de manera casi palpable, lo que dice Aharon Appelfeld en su libro Historia de una vida: “El esfuerzo por despojar las palabras de toda escoria, el deseo de presentarle a usted algo que viene del interior.”

Escuchaba sus palabras, su fraseado, como se escucha poesía, con el ritmo – que cambiaba según la emoción suscitada. Ante el bloqueo con una palabra repentinamente imposible de encontrar en francés, buscaba varias versiones en español o intentaba acercarse en una perífrasis o una mezcla con el inglés. Este conjunto terminó por dar una música cuyo canto recurrente se volvió, poco a poco, perfectamente identificable.

En el tiempo reunido en esta escucha un poco complicada, debía dejar las orillas seguras de mi lengua, las de los idiomas reconocidos, aceptar que algunas palabras, algunas expresiones se me escaparan. Un descifrado demasiado puntilloso habría hecho perder la textura misma del tejido de la cadena significante. Pero, al mismo tiempo, era trabajada por una preocupación de rigor, atenta a la lógica de su elaboración de saber acerca del inconsciente, así como a su manera de construir el enunciado.

Trabajo habitual del analista, me dirán. Excepto que el pasador no está en la posición del analista y que no pierde el horizonte de su retransmisión al cartel. El tiempo está contado, si puedo decir, contrariamente al de una cura. Hay una fecha, un vencimiento fijado, al final del cual deberá dar cuenta de su escucha.

Eso conduce a considerar de manera específica la relación al tiempo. Hay urgencia.

De parte del pasante, urgencia de decir; de parte del pasador, urgencia de atrapar la médula de la travesía de la cual le hablan. En este breve momento del tiempo del pase, es necesario – y complicado – tener al mismo tiempo las dos aserciones que Lacan da del tiempo: el tiempo de la duración, del desarrollo de las cosas, y el del inconsciente, que no es el mismo.

El pasador, preocupado por reconstituir en su testimonio un análisis, a menudo extendido durante muchos años, intenta situar las etapas, las fases. Orienta su escucha en este sentido, buscando ser lo más fiel posible. Es lo que se espera de él. Pero de otro lado, o más exactamente en el aquí y ahora del encuentro, está la dimensión del tiempo del inconsciente, que se basa en la sincronía, la característica de apertura inmediatamente vuelta a cerrar, según los ritmos de pulsación. Las manifestaciones del inconsciente no se prevén ni se calculan, surgen... o no, tanto en el análisis como en el pase. Es también lo que se espera en una experiencia de este tipo. Se ve allí toda la paradoja de una posición de escucha que exige de un lado una vigilancia racional y del otro una relajación de la atención formal.

En el a posteriori, y comparando mis dos experiencias, dos posibles escollos me aparecieron.

El tiempo de la duración puede triunfar. El pasador escucha atentamente lo que se le cuenta, se deja tomar por el sentido, por la historia de este análisis del cual se le relata el despliegue. En este caso, es la “traducción” lo que importa. Empleo esta palabra intencionalmente:

puede tratarse del deseo concienzudo del pasador, preocupado de no dejar nada a la casualidad y de permanecer lo más cerca posible del relato cronológico de los acontecimientos de la cura para que “se comprenda bien”; puede tratarse, más prosaicamente, de la traducción al sentido literario, cuando un miembro del cartel no entiende nada de la lengua francesa y que un colega, como traductor demasiado vehemente, insiste en que entienda.

Pequeño paréntesis: hicimos la elección de lo internacional, no la de la torre de Babel. Es asombroso que los estatutos por los que, se estipula la necesidad de hablar la misma lengua entre pasante y pasador, no lo precisen para los miembros del cartel.

Peligro de pegarse a la traducción, aquella que podría no dejaría ninguna duda sobre el sentido. Sin embargo, nosotros lo sabemos, no son necesariamente las palabras las que son significantes, pueden, como dice Lacan, hacer colección en el diccionario sin que por ello revelen lo esencial para el sujeto.

El apego excesivo a la traducción –que esté en forma de un testimonio exhaustivo o de la transposición lingüística de una lengua a otra– borra el ritmo, las vacilaciones, las rasgaduras, las oscuridades, todos estos elementos preciosos que llamaré el aliento del discurso, verdadero marcador del deseo –el del pasante que se dirige al pasador como el del pasador que se dirige al cartel–.

Tener en cuenta las condiciones de escucha de los efectos del inconsciente, por otro lado, no va sin generar angustia. Aceptar ceder sobre el sentido del relato así como sobre el control de las palabras o frases, conduce a aceptar no ser “fiel” y por lo tanto ser parasitado por las representaciones subjetivas de lo que espera la institución para el nombramiento de sus futuros A. E. Pienso en lo que Lacan señala en el Seminario VIII sobre la necesidad del analista “de tener siempre a su alcance un pequeño deseo bien preparado”; esto para no exponerse a la angustia.

En la situación de pasador, favorecer la escucha sobre la vertiente “recording” podría efectivamente ser este pequeño deseo bien conveniente. En esta experiencia tan sensible como lo es el pase, me parece que lo que se gana en fidelidad del testimonio, de la comprensión, se pierde en potencial de hallazgo. Este punto preciso me parece que tiene que ver con el enfoque de la lengua de Lacan. Por mi parte, me demore mucho tiempo en estar de acuerdo, demasiado ocupada neuróticamente a combatirlo así como a envidiar a aquéllos que estaban de acuerdo con ese enfoque.

Sin esta actitud de consentimiento, se puede siempre hablar el lacaniano pero no necesariamente utilizar el pensamiento de Lacan.

Concluiré con la pasante cuyo encuentro mencioné. Había hecho efectivamente la experiencia de una travesía analítica y esto había cambiado su vida. _ Que ella sea nombrada AE o no, no es el asunto aquí. Sobre lo que querría insistir, es hasta qué punto

la lengua de la verdad esta anudada al deseo. La pasante no retrocedía ante su verdad, ante una urgencia para ella y para la institución de transmitir en que, la experiencia del análisis la había transformado, liberado, aún al precio del riesgo que haya fallas en el intercambio.

Tras nuestros encuentros, en el momento de salir hacia el extranjero, me llamó varias veces por teléfono. Sentía en ella el malestar de no haber podido decir como ella quería, en su lengua. Aún habiendo hecho un análisis, la angustia no desaparece.

Por mi parte, a salir de este momento de experiencia tan intenso y agotador, domina un curioso y agradable sentimiento de haber inventado, encontrado al mismo tiempo que ella un arreglo de las vías de pase de la palabra. No solamente hubo un encuentro auténtico sino, más allá de los límites geográficos de la lengua, algo de lo que mueve al psicoanálisis pudo transmitirse.

Si las funciones de analista, pasador y miembro del cartel son diferentes, tienen un punto en común: el de una posición necesariamente ética. Se interesan todos por el Inconsciente. Pero, pienso en este pasaje del Seminario XI donde Lacan insiste: “El estatuto del inconsciente, tan frágil en el plano óptico como se los he indicado es ético. Freud, en su sed de verdad dice: sea como fuere... hay que ir a ver [...] 1. “

1. J. Lacan, el Seminario, Libro XI, los Cuatro Conceptos fundamentales del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1987, p. 41.

Traducción: Patricia Muñoz (Colombia)

PATRICIA DAHAN

Sobre lo vivo

Agradezco a Pascale Leray por haberme invitado a esta Jornada sobre el pase. Desde mi nominación muy reciente como AE, es la primera vez que voy a dar cuenta de mi experiencia de pase y de mi experiencia de análisis. Justo entonces en el momento de una transición entre el universo íntimo de la relación analizante-analista y de la relación pasante-pasador y una confrontación a un público amplio, que me hace formular de manera nueva ese camino que va del análisis al pase.

Querría mostrar hoy por que un análisis es un medio de acceder a *lalengua*, a lo real del inconsciente, de qué manera esto se produjo en mi análisis y lo que permitió por este acceso a *lalengua*, librar el sentido de mi síntoma.

Lo menos que se puede decir es que no me precipité a hacer el pase, aunque después de haber acabado mi análisis había en mí una impaciencia por testimoniar. Entre la impaciencia de testimoniar de una experiencia inédita y el deseo de transmitir, el tiempo se desvaneció. El tiempo se desvaneció, durante el cual demasiadas cosas aún cambiaron y mi compromiso con el psicoanálisis no dejó de reforzarse.

Precisaré para comenzar que hubo en mí, gracias al análisis, un antes y un después. Antes del análisis, era inhibida, borrada, angustiada, sentía casi físicamente un peso sobre mis hombros, el peso de la culpabilidad; me ocurrió en mi análisis el comparar este peso con una capa o un abrigo muy pesado. Gracias al análisis, este peso cayó, yo me comprometí en actividades en las cuales jamás me había comprometido antes, enseñé, me atreví a confrontarme con otros en funciones de organización, mi relación a los otros cambió. Y puedo decir que después del análisis, nuevos efectos aún se produjeron, hasta tal punto que la cuestión del pase no era lo que había de más urgente en la medida en que me comprometía en numerosos dominios de los cuales hasta entonces me había apartado.

Para mí, el tiempo de la cura se descompone en tres tiempos lógicos, que van del principio del análisis hasta el pase. El primer tiempo hasta que la elucidación de un sueño hace bascular el curso de mi análisis, un momento de pase en consecuencia del cual mi analista me designó como pasador; este primer tiempo sería el instante de ver, que duró más que un momento: cinco buenos años. El segundo tiempo de una duración, equivalente, en el que hubo otros momentos de paso y durante el cual todo lo que había sido dicho en la primera parte del análisis y lo cual hacía misterio en mí, como un recuerdo recurrente, síntomas presentes o pasados y muchas otras cosas aún, progresivamente han sido elucidados; es el tiempo para comprender, que correspondió a la segunda vuelta del análisis. Finalmente, después de haber acabado el análisis, el tiempo para concluir y para presentarme al pase, que aún tomo seis años, durante los cuales, el análisis que había producido sus efectos, aún descubría nuevas cosas.

Antes de interesarme al psicoanálisis, o por lo menos de comprometerme allí activamente, estaba comprometida en otro campo, el de la economía y de la investigación en ciencias sociales. Entonces había hecho todo un recorrido antes de comenzar mi análisis. Es en el momento en el que escuché hablar del concepto de *lalengua* que verdaderamente me comprometí en la lectura de los seminarios de Lacan, comenzando por los últimos, incluso antes de haber asimilado la primera parte de su enseñanza.

Esto de lo que querría hablarles hoy, de esta relación entre mi análisis, lo que se produjo de determinante en mi análisis, y el concepto de *lalengua*.

Nací en una familia en la que hablábamos varias lenguas. Mis padres eran de nacionalidad griega y hablaban a veces griego entre ellos, en la casa en familia hablábamos

francés y mi abuela que vivía con nosotros no hablaba ni griego, ni francés, hablaba en ladino, en judeo-español, la lengua que hablaban los Judíos antes de huir de España en el momento de la Inquisición. Mi abuela se dirigía a mí en esta lengua y yo le respondía en francés.

Hasta la edad de ocho años dormí en la habitación de mi abuela y durante los tres primeros meses de mi vida mi madre me amamantaba y ella y mi abuela se ocupaban demasiado de mí. El ladino era la lengua materna de mis padres, mi madre y mi abuela se hablaban entre ellas únicamente en esta lengua. El judeo-español es entonces la lengua en la cual estuve inmersa durante los primeros meses de mi vida, mi *lalengua*. A la muerte de mi abuela, me di cuenta que estaba muy atada a esta lengua que había sido transmitida de generación en generación desde el siglo XV, y con la desaparición de mi abuela esta transmisión se detenía, no se la transmitiría a mis hijos. Mi madre me hablaba en francés, pero sus frases estaban salpicadas por palabras, por expresiones o por dichos en ladino.

Después de varios años de análisis durante los cuales me parecía que nada se había movido, que nada significativo había cambiado en mí, tuve un sueño. La interrupción de la sesión sobre una palabra de las asociaciones del sueño produjo un efecto que calificaré de fulgurante. Esta palabra podía resumir un pequeño recuerdo de infancia que había sido interrogado a lo largo de mi análisis, pero en el momento no había hecho el lazo. Lo que hubo allí de fulgurante, es que el corte de la sesión había producido un efecto de choque y que a este significante del sueño inmediatamente asocié otro significante de esta lengua que no era, para nada, hablada más en mi medio ambiente desde hacía una veintena de años. Desde la desaparición de mi abuela, no escuchaba hablar más esta lengua, mi madre utilizaba cada vez menos expresiones en judeo-español y yo completamente me había desprendido de eso, al menos así lo pensaba. Pero este significante de *lalengua*, surgido en el análisis, era una expresión que mi madre a menudo utilizaba cuando era niña y evocándola percibí todo el goce que contenía cuando ella la pronunciaba.

Las sesiones que siguieron me permitieron asociar sobre una parte de mi historia que me parecía no me concernía, algo que había pasado antes de mi nacimiento, y que apenas había evocado en la primera parte de mi análisis. Lo que el análisis me permitió comprender no es tanto que estaba tocada por esta historia que me parecía no concernirme, sino de qué manera yo estaba concernida por lo que se había producido antes de mi nacimiento. Algo que tenía que ver con la muerte.

Todo el mundo tiene una relación afectiva con la lengua, todo el mundo se bañó en su infancia con un medio ambiente en el que los sonidos, *lalengua*, la manera como ella fue hablada y oída tienen un sabor particular; no es la lengua de la cultura, la lengua de la comunicación, sino la lengua de los afectos. En el análisis, advertir esta *lalengua* no es siempre evidente, sobre todo cuando el idioma hablado en la edad adulta, aquel en el que se lee y escribe, es el mismo que el idioma de *lalengua* de nuestra infancia del que se nos enseñó a corregir, a transformar en lenguaje –el lenguaje, dice Lacan, es “una elucubración de saber sobre *lalengua*”–. Cuando una lengua en la cual se constituyeron las primeras relaciones afectivas no es la misma que aquella utilizada corrientemente más tarde, podemos más fácilmente advertir en el análisis esta relación a *lalengua* y el acceso al inconsciente por *lalengua*, sobre todo cuando esta lengua no es hablada más desde hace tiempo e incluso casi olvidada. Desde el punto de vista de la transmisión y entonces del pase, esto fue una manera para mí de poder testimoniar de la función de *lalengua* en mi experiencia.

Es en *lalengua* que pude encontrar la explicación de mi síntoma, es decir del ciframiento de la letra. Lacan define la letra como el retorno de lo reprimido. El retorno de lo reprimido desde Freud, es el síntoma, pero decir que el síntoma es una letra, es

introducir la noción de real, es decir que el síntoma no tiene solamente una estructura de metáfora, que tiene también una dimensión de goce. La letra tal que Lacan la define resume estos dos aspectos del síntoma. La letra no es el significante, ella es segunda con relación al significante, ella es el significante reprimido que vuelve transformado; por este hecho no es directamente legible. La letra como *lalengua* no están del lado del sentido, están del lado del fuera-de-sentido, del lado del goce. Es esta dimensión de goce que pudo ser alcanzada en mi análisis gracias al acceso a *lalengua* y así tocar lo real de mi síntoma, lo que de goce pudo expresarse más allá del desciframiento.

Si se admite la equivalencia entre letra y síntoma, podemos decir que el síntoma en tanto que formación del inconsciente está a la vez estructurado como un lenguaje y hecho de *lalengua*, metáfora y goce. También, como lo indica Lacan en “La tercera”, si hay un ciframiento en la letra, esto necesita de regresar a lo que hace cifra. El síntoma es un enigma y podemos lograr discernir el enigma del síntoma teniendo acceso a *lalengua* del paciente. Entonces, en mí, es en la lengua de mi primera infancia, lengua casi olvidada en el momento de mi análisis, en la que se constituyó mi síntoma y es en esta lengua que pude encontrar la explicación de éste. Para retomar los términos de Lacan concernientes a la definición del enigma, podemos decir que se trata de una enunciación de la que no conocemos el enunciado.

Seré por supuesto llevada a desarrollar más largamente este aspecto teórico pero para terminar simplemente diré que el enunciado de este enigma, lo encontré en este significante de *lalengua*: “svelta”, que se podría traducir por “viva”. El síntoma en el cual se encuentra el ciframiento de la letra, en lo que a mí concierne: inhibición, lentitud, borradura, en una palabra falta de vivacidad del cual es la enunciación.

Enero 2010

Traducción: Ricardo ROJAS (Colombia)

CLAIRE MONTGOBERT

Lo que (se) pasa

Experiencias de pase”: elegí dar testimonio de puntos que no resumen toda la experiencia del pasador, pero que me parecieron señalar su particularidad. Son, en primer lugar, la singularidad y lo inesperado de la experiencia, luego, los efectos del pase sobre el pasador.

Para situar lo que es el pase y la posición del pasador, retomaré dos extractos de una intervención de Lacan en el congreso de 1973: “El pase [...] permite a alguien que piensa que puede ser analista, a alguien que está cerca de autorizarse, incluso si él no se ha autorizado él mismo ya, comunicar qué lo hizo decidirse, qué lo hizo autorizarse así, y comprometerse en un discurso del cual no es fácil ciertamente ser el soporte”(1).

Por lo que se refiere al pasador: "Muy precisamente deseé evitar el retorno a los viejos usos, [...] y que lo que es una experiencia esencialmente del que viene a ofrecerse, haya algún uno que precisamente no esté allí sobre sus grandes caballos para oírlo, y es muy precisamente éste en que los pasadores, había pedido [...] que no se elegían que ¿entre conjunto venidos a nuevos y elegidos ¿por qué? por su analista, y como lo destaque, independientemente del consentimiento del propio sujeto[...]. Lo que esperamos ellos es un testimonio, es una transmisión, una transmisión de una experiencia [...]."

EL EFECTO SORPRESA

La casualidad hizo que fui sorteada por dos pasantes con una semana de intervalo. Y cada vez, cuando la pasante me llamó al teléfono, fue la misma sorpresa: sin haberlo sabido un momento antes, uno se da cuenta que se quiere y que se va a responder que sí.

Esta oferta que se hacía, de ser el pasador de alguien que uno no conoce, nunca había conocido algo parecido. Y como efecto, la sorpresa, luego el entusiasmo de contribuir a un dispositivo del que sabemos que se refiere al final de la cura y al paso del analizante al analista.

Luego vino el tiempo de las preguntas.

En primer lugar sobre su propio análisis; uno no fue avisado por su analista, y se pregunta, no sobre su acto, sino sobre su propia cura. Y allí también hay un efecto de entusiasmo que no deja de tener consecuencias en la cura.

En el tiempo siguiente, es sobre el pase que uno se pregunta. Del pase, habrían oído hablar, pero eso no les concernía. Era para otros, mucho más avanzados en su análisis y en el saber psicoanalítico. Y de golpe, están comprometidos en un dispositivo del que descubren rápidamente que no tiene manual de manejo. Sólo algunos puntos de referencia: encuentros con la pasante, luego un testimonio ante el cartel del pase. Nada más. Ni el número, ni el contenido de los encuentros con los pasantes, se definen de antemano. Es un dispositivo sometido a la vez a la contingencia –la del sorteo– y al deseo: el del pasante, el de uno y, lo descubrirán al final, el de cartel.

LA SINGULARIDAD DE LOS ENCUENTROS

Cada uno de los dos pases fue singular, tanto por los encuentros con las pasantes, como por los encuentros con los dos carteles del pase.

Del lado de los encuentros con las pasantes, y más allá de la diferencia en el estilo, en el número y la duración de los encuentros, es necesario destacar la característica común: el esfuerzo de las pasantes para transmitir, "para hacer pasar" lo que había sido determinante en su final de análisis. Se trataba para ellas de aclarar un punto crucial que había constituido una vuelta en su análisis, punto a partir del cual podían precisar un cambio en su posición. Sin revelar el contenido de lo que se ha oído, el momento crucial puso en juego para una de ellas lo real de *lalengua* –en una sola palabra– y para la otra el encuentro con el fuera de sentido.

LA SINGULARIDAD DE LA POSICIÓN DEL PASADOR

Singularidad de los encuentros con las pasantes, y también singularidad de la posición del pasador. Para el pasador, en efecto, la situación no corresponde a ninguna

experiencia a la cual pueda referirse, ni en su propia cura, ni incluso en otra parte. En esta situación, me di cuenta de que la única elección posible era dejarse guiar por el relato de la pasante, con el fin de recoger sus decires.

Para cada una de las dos pasantes, el primer encuentro se desarrolló a partir del relato.

Lo que es inesperado para el pasador es que, inmediatamente, desde los primeros minutos de este primer encuentro, la pasante cuenta lo que fue su experiencia de analizante, aportando lo que había sido, para ella, parte fundamental en el curso de su cura. Hubo allí un cierto efecto de sideración, rápidamente suplantado por la intensidad de atención que prestan a la enunciación de la cual son el testigo –y el escriba, ya que toman notas–. Pero esta posición de testigo no es la de una escucha pasiva: hacen precisar y preguntan los puntos que les parecen vagos o enigmáticos, validan con la pasante la articulación de sus declaraciones. Para los dos pases, este primer encuentro me dejó una impresión profunda que atribuí más tarde a la puesta en acto, al encuentro entre dos deseos, el de la pasante y el del pasador: el deseo de transmitir.

Con una de las pasantes, los encuentros siguientes vinieron a precisar y completar lo que se había dicho la primera vez. La otra pasante aportó nuevos elementos cuya importancia no se reveló al pasador sino durante el testimonio ante el cartel.

Dejarse guiar por la palabra de las pasantes no es establecer un relato de las entrevistas, ni incluso de la cura. A partir de los enunciados, se trataba de identificar los momentos-clave del análisis y de precisar los efectos de éstos, de destacar los cambios sobre la posición del analizante.

Es un trabajo de a dos, entre la pasante y el pasador, que se elaboró durante los encuentros.

LAS DIFICULTADES DEL PASADOR

Para el pasador, eso trajo momentos de perplejidad. Durante las entrevistas, hay momentos en que uno no entiende. El enunciado se mantiene enigmático, como una lengua extranjera de la que entienden cada una de las palabras pero que no hace sentido.

No entienden. Entonces, profundizan en las preguntas, retoman en el encuentro siguiente, hasta llegar a un enunciado que validan con la pasante. Estos momentos de dificultad ocurrieron en los dos pases, y cada vez, sobre lo que la pasante presentaba como un punto de certeza para ella y que hacía enigma para el pasador. El hecho de saber que había otro pasador me permitió proseguir este trabajo de elucidación más allá de estos puntos de obstáculo; lo que no se había podido atrapar con ese pasador quizá lo sería con el otro...

Luego, y eso fue otro efecto de sorpresa, en el testimonio ante el cartel, estas dificultades aparecieron como componentes de la transmisión.

EL TESTIMONIO ANTE EL CARTEL DEL PASE

Testimonié ante dos carteles muy diferentes en cuanto a su estilo. Pero lo que me marcó es la atención de los miembros del cartel, atención vuelta hacia una finalidad, que interpreté como la de verificar el pase.

Enfrentada a la dificultad de restituir en poco tiempo lo esencial de varias horas de entrevistas, había hecho la elección de estructurar mi testimonio articulando los puntos clave del recorrido analítico de las pasantes. Había redactado entonces un texto sobre

el cual pensaba apoyarme en el encuentro con el cartel. En la práctica, las preguntas del cartel me llevaron a salirme del hilo de lo que había preparado, para ir a buscar el detalle de los enunciados de los que había tomado nota, pero que no había tenido en cuenta en el texto que tenía preparado.

La experiencia fue muy diferente de un cartel a otro.

Para uno de los pases, las preguntas del cartel iban dirigidas a interrogar sobre lo que se me había escapado, lo que hacía agujero en el testimonio, con lo inesperado de una transmisión que se operaba sin mi conocimiento, a partir de equívocos que no había destacado en las entrevistas con la pasante. De cierta manera, la pasante me había "impuesto" su síntoma.

Para el otro pase, el encuentro consistió esencialmente en precisar puntos que el cartel ya había visto con el primer pasador. Es volviendo de nuevo al detalle de las entrevistas, y precisando los enunciados, que se dibujó lo singular del final del análisis.

Lo que retengo como más sorprendente es lo siguiente: el encuentro con los carteles fue una experiencia donde "lo que pasa", lo que se transmite, no es tanto lo que se había preparado sino lo inesperado de un saber extraído por las preguntas del cartel.

LOS EFECTOS SOBRE EL PASADOR

Estos encuentros tuvieron también efectos sobre mi propia cura. La experiencia interpela a los pasadores y los toca también en su propio inconsciente. Eso se tradujo para mí, en primer lugar, mediante una nueva apertura al equívoco de la lengua aunque el testimonio con uno de los carteles haya puesto de manifiesto que yo había dejado pasar puntos de equívoco principales—.

Luego, lo que había sido percibido de un más allá del punto donde estaba en mi propia cura me enfrentó a un punto de horror, como una particularidad radical que tenía que enfrentar. "No me encontraba." "No encontrarse allí:" no poder identificarse a esta extrañeza radical, pero también no poder-querer acercarse. El trabajo que se hizo luego en la cura permitió cruzar lo que considero fue un momento de pase, sacudiendo un fantasma de dominio.

CONCLUSIÓN

Para concluir, precisaré que los dos pases de los que tuve que dar testimonio no dieron lugar a nominación. Pero deseo también indicar que las dos pasantes, en el último encuentro, me comunicaron su satisfacción de haber hecho el pase y me dijeron que era importante para ellas, cualquiera que fuera la decisión del cartel sobre la nominación.

Satisfacción e importancia de la experiencia para el pasador también, lo que lo lleva a plantear la pregunta de su propio pase.

Sobre la cuestión de la nominación, hago el vínculo con otro pasaje de la intervención de Lacan a este mismo congreso, donde se dice, con respecto al pase, que "el resultado es algo totalmente nuevo, algo que, en ninguno de los que se han presentado no careció de validez, de efectos que son daños quizá, después de todo, ¿porqué no? Pero daños, cada uno sabe que, tal como somos fatus, nosotros, otro de la especie humana, los daños es lo que puede nosotros a llegar mejor de...".

Para el pasador, eso no careció de efectos, y deseo agradecer a la Escuela, las pasantes, el analista que me designó, y los miembros de los carteles.

Traducción: Patricia Muñoz (Colombia)

NOTAS:

[1] Extracto de la intervención de Jacques Lacan al congreso de la Escuela freudiana de París, noviembre de 1973, la Grande-Motte, sesión de trabajo sobre el pase (publicada en las Cartas del EFP, n° 15, junio de 1975).

PASCALE LERAY

La apertura hacia una nueva satisfacción

Hoy voy a hablarles a partir de mi experiencia, sobre algo que hace insustituible al pase: el testimonio del pase es una experiencia que se atraviesa y produce efectos subjetivos nuevos, efectos sobre el final de la cura, final entendido aquí como conclusión.

Comprobamos que estos efectos tocan a la finalidad del análisis y pueden dar lugar, como en esta ocasión, a una experiencia de transmisión abierta a nuestra comunidad, convirtiendo lo real de un análisis en una cuestión de Escuela.

Qué podría decir sobre estos efectos, de un modo preciso, sino que ponen en juego un decir, un decir específico del pase, un decir que se apoya en los imposibles, con los que se ha topado el parlêtre en la cura. Hacer el pase moviliza el decir que puede responder del encuentro con cada imposible que un análisis hace advenir. La vida, v.i.e. hablaré de ello más adelante, forma parte de estos imposibles.

Por el alcance de su decir, la experiencia que revela el pase va más allá del momento de pase en la cura; la decisión de presentarse al testimonio está suscitada por el hecho de que, si no hay Otro del saber, *tampoco hay Otro para el acto*.

El pase está impulsado por una certeza, la de tocar un límite, límite de lo simbólico en el corazón de la palabra analizante, *con la paradoja de que es un límite y a la vez una apertura*, a la parte más singular del inconsciente, anudada a lo real, la que sostiene la extracción de la letra. La apertura del decir que participa del nuevo anudamiento del inconsciente que toca a lo real del síntoma de final de análisis. Pero especialmente, *de esta experiencia de los límites* se desprende un deseo nuevo con respecto al saber, por el cambio en la relación al Otro, este Otro que no detenta más el saber que falta al sujeto, donde el agujero que lo altera abre al saber como alteridad, desprendido sobre un fondo de castración. Hacer el pase para testimoniar de los efectos de ese real, de las efracciones que han conmocionado la relación del analizante al saber, hasta llegar a su efecto mayor, la destitución subjetiva. Destitución que hace pase, pero que sin embargo aun no es lo que signa el final de la cura. La experiencia de la destitución en el pase está ligada a la verdad de que lo real es lo que no pasa al saber y destituye al sujeto supuesto saber, haciendo del pase un corte que toca a la repetición en juego en la demanda de ser que circula por debajo de la demanda de saber. Pero si bien esta destitución suscita la decisión de testimoniar, todavía no están dadas las condiciones para deshacer la pareja analizante-analista. Queda un resto y su devenir.

El efecto a posteriori del testimonio, para obtener el alcance conclusivo del análisis,

tiene como consecuencia la destitución del lazo del analizante al analista: es efecto del decir de la palabra pasante ante los pasadores. Esta palabra se recorta de lo que fue su relación de amor a la verdad, verdad mentirosa respecto de lo real, y cesa el análisis como empresa infinita de descifrado: “Ese decir sólo es verdadero en tanto que pone límite al alcance de la verdad.”(1)

El testimonio del pase procura decir algo, ese es su punto vivo, tocando el límite de lo transmisible, lo real. Pero este real que centra la palabra del pasante no sólo es lo imposible de decir que la cura ha producido, sino también el anudamiento del decir con el agujero del saber. Este decir del nudo, dice Lacan, “es del orden del acontecimiento”(2). Es decir, del pase que rehace el nudo del parlêtre a partir de los agujeros de lo real en el análisis. Del pase que articula en el testimonio esos hallazgos inolvidables, los momentos de pase en la cura. Pero también es la dimensión del *decir*, que socorrió al analizante cuando su análisis lo llevó a presentarse al pase; cuando se encontró, despojado, en el desamparo, confrontado al agujero de lo innombrable, el agujero en el Otro, “troumatisme”, dice Lacan, fundado en lo imposible de la relación sexual.

En el testimonio, emerge la escritura de pequeños trozos de saber en el borde de lo real traumático, de modo inédito cada vez. “El escrito está convocado por lo que queda de inasequible a la palabra”(3), nos dice Colette Soler. El pase apunta a lo que hay de escritura singular en cada testimonio que sin embargo vale para otros, permitiendo tocar algo del saber analítico sobre la estructura, a través de esta singularidad. Es lo que puede entenderse en la transmisión que hace al pase el pasador, receptivo al decir del pasante.

Podemos decir que este real aborda el agujero en el Otro, ya sea como falta en el saber, castración real o bien tapón real de lo imposible. Para poder enfrentarse a este real fuera-de-sentido subraya Colette Soler, el analizante no tiene otro recurso que el decir producido en el vacío de los dichos, para alcanzar esos puntos límite en la cura, que hacen borde con lo imposible de subjetivar. Queda entonces por especificar en qué consiste ese decir que hace signo de lo real en el pase.

Sobre este punto, la cura revela –dice Lacan– de un modo sorpresivo y sobrecogedor, que lo que prevalece no es el deseo de saber, sino más bien el horror de saber. Que el pase pueda dar cuenta de un deseo de saber, es la prueba ética de que el horror de saber ha podido ser afrontado en la cura. En la medida en que el analista lo haya podido cernir en su cura, le permitirá afrontar el otro que lo concierne, el horror del acto. Si el horror de saber concierne al agujero de lo real de la sexualidad, el horror del acto analítico concierne a la relación con el lugar del des-ser que el analista debe soportar en su acto para afrontarlo, haciéndosele necesario un deseo específico. Este horror se debe a que el analista en su acto soporta el lugar de semblante de objeto, que, en sí mismo, es real.

Para sostenerse en el lugar del analista, con el deseo específico, no es suficiente la orientación de la experiencia de la castración. Para sostener esta relación a lo imposible real, con otros, se hace necesaria la apertura hacia una nueva satisfacción. ¿Es la satisfacción ante lo novedoso en la palabra analizante, a partir de lo que no pasa al saber, hasta llegar a producir el resto activo? Este afecto nuevo se produce con la operación del pase a posteriori del testimonio. Es la otra separación –producto del duelo del objeto a soportado por el analista– la que determinará el destino de ese resto, de ese objeto *a*, hacia el deseo del analista.

Habría que diferenciar la experiencia de separación del Otro –que estructuralmente falta para responder a la pregunta sobre el ser– de la mutación subjetiva que hace al analista, que lo produce, por el objeto *a*.

Animarse a testimoniar de su pase, es una forma de cortar por lo sano con la pérdida, pérdida de la consistencia consagrada al objeto *a*, consistencia que perdura largo tiempo en la cura, ligada al hecho de que este objeto *a*, pura falta, sin embargo se ima-

gine, dice Lacan, “con lo que se puede, a saber, con lo que se chupa, lo que se caga, lo que hace la mirada, lo que domina la mirada, y después, después la voz”(4). En el pase, esta pérdida puede hacer de separación con el analista como causa de deseo, aunque no sea de inmediato. Separar, es desamarar esta satisfacción por el análisis, que oscila entre “allí donde eso habla, goza, y no sabe nada”(5).

El desprendimiento de este ser de goce vuelve activo al objeto *a*, sin esencia, objeto lógico que causa el deseo de saber. Pero el efecto último de la experiencia del pase es producir el pasaje del analista al des-ser; la consecuencia sería nada menos la de inducir al pasante a sostener, como analista, lo real del psicoanálisis, con el resto que lo anima o que él anima. Este des-ser –imposible sin el deseo del analista y el afecto de entusiasmo después del duelo– modifica la relación con los imposibles de la estructura y los encuentros siempre contingentes con lo real de la vida y del psicoanálisis.

Estar a la altura de la vida, decía más arriba, como efecto del pase, con lo que la vida tiene de real, con lo que no tiene sentido, con lo radicalmente inasimilable al significante, la existencia singular del sujeto.

Lacan lo decía así: este sujeto “¿Por qué esta ahí? ¿De dónde sale? ¿Qué hace ahí? ¿Por qué va a desaparecer? El significante es incapaz de darle la respuesta, por la sencilla razón de que lo pone precisamente más allá de la muerte”(6). Al término del análisis, la vida es lo que agujerea lo simbólico, volviendo misterioso lo real, y si es una vida llevada a la ex-sistencia, se ve reorientada por el *deseo de saber*. Deseo de saber que emerge en el pase, pero no sin hacer lazo con el acto del analista en la cura, quien habiendo dado signos de no poseer el saber sobre el ser del deseo, sostenía el des-ser. Lacan sitúa el des-ser en el corazón mismo del pase: “este des-ser (...) la cuestión es saber cómo lo afronta el pase”(7).

Lo que me lleva a retomar aquello que inauguró la conclusión de mi cura, su final. Algunos meses después del testimonio de mi pase, surge este sueño: “la analizante avanza hacia una columna de estilo antiguo, atraída su mirada por una pequeña forma sobre su cúspide, un pequeño pájaro esculpido sobre la columna, y cuando se acerca, súbitamente vislumbra el borde de un precipicio. Conmociónada por el vértigo, se aferra a la columna, la que de un modo inesperado se desploma, haciéndola caer al suelo”.

Encontramos un equívoco en el núcleo de este sueño, ya que en contra de cualquier apariencia, lo que derriba a la analizante no es el abismo del vacío, sino la caída de la parada a la que estaba aferrada. Donde se encuentra desinflado el resto de su identificación fálica, ilusión narcisista que decae, pero donde se encuentra también este objeto, menudo pájaro, que se ve arrastrado en la caída, después de haber capturado su mirada hasta atraerla al borde del vacío. Lo que cae, es ese ser de mirada que cautivaba a la analizante desde mucho tiempo atrás, cuando siendo niña escuchaba, cariñosamente, de boca de quien le tomaba la foto: “Mira, que va a salir el pajarito”

Este sueño destaca el efecto de real que separa el objeto *a* de la castración imaginaria que aferraba a la analizante a la pareja analizante-analista. Este efecto abre hacia la conclusión, en tanto que se confronta con el des-ser del analista, de “descolar” el objeto *a* del Otro como barrado: aquello que fue des-ser del analista es lo que luego le permitirá separarse de él como compañero de la experiencia.

“El analista [es] el que soporta el ser nada más que ese resto, ese resto de la cosa caída”(8), dice Lacan. El final de análisis, implica haber sido tocado por esta posición del des-ser al que está consagrado el analista, se trata entonces de realizar su efecto. Aquel que se autoriza para reconducir con otros la investidura del sujeto supuesto saber, habrá podido aprehender en su experiencia del pase que lo único que sostiene el acto analítico, es el hacerse soporte de este resto ligado a la caída del sujeto supuesto saber.

La experiencia del pase está comandada por el S del gran Otro barrado, pero también por el objeto *a*, como resto en el lugar de lo real. Ambos se sitúan del lado mujer en la escritura del cuadro de la sexuación. Esto no quiere decir que el pase se preste mejor al decir de los seres sexuados mujeres; sino que lo sitúa como experiencia de un real, del analista no-todo saber, como apertura a lo héteros. De allí me surgió la idea de que se podría escribir el “la” del pase, en tanto que experiencia, como siendo él mismo, porqué no, un “la” barrado, tomando como referencia lo que alcanza del “la” de la mujer, también con respecto a la verdad, todos aquellos “la” que el psicoanálisis pone a prueba de lo real. De este modo, quedaría excluido el hacer de ello un modelo, precisamente porque lo que caracterizaría a esta experiencia sería comprobar la alteridad inventiva del psicoanálisis.

Traducción: Ana Canedo (España)

NOTAS:

[1] J. Lacan, *Los no incautos yerran*, 1973-74, Seminario inédito, Clase del 15/1/74.

[2] *Ibid.* Clase del 18/12/73

[3] C. Soler, *L'inconscient, qu'est-ce que c'est ?*, Cours 2007-2008.

[4] J. Lacan, *Los desengañados se engañan*, seminario inédito, Clase del 9/4/74.

[5] J. Lacan, *Seminario XX, Aún*, 1975, Ed. Paidós, p. 127.

[6] J. Lacan, *Seminario III, Las Psicosis*, 1955-56, Ed. Paidós, p. 256.

[7] J. Lacan, *Proposición del 9 de octubre de 1967...*, “Momentos cruciales de la experiencia analítica”, Ed. Manantial, p.16.

[8] J. Lacan, *Seminario El Acto psicoanalítico*, 1967-68, inédito, Clase del 10/1/68

ALBERT NGUYÊN

Experiencias de pase

Hacer el pase es hablar de su vida, y también de los cambios, e incluso trastornos, que introdujo el análisis en ella. En el pase importa no tanto la verificación de la teoría analítica sobre el final de análisis, sino poder obtener indicaciones precisas sobre estas transformaciones y sus efectos.

En el tiempo que me ha sido asignado, voy a hablar de dos puntos a partir de la experiencia. El primero concierne directamente al cartel tomado bajo el ángulo del afecto de cartel; el segundo –que hace eco al texto que Miguel Bousseyroux presentó en el seminario de la EPFCL– interrogará al saber en el pase, bajo el ángulo del saber inédito, lo que podríamos denominar: el pase a *lalengua*.

Al proponer estas jornadas, sin duda hemos apostado por tomar un cierto impulso. Retomando el término que Lacan tomó prestado de Philippe Sollers, siempre encontra-

mos algo de “*élange*”(1), cuando se trata *lalengua*. Y el impulso que hace “*élanguer*” consueña con “*élaguage*”, incluso con “*élangage*”, si entendemos que de lo que se trata, en mayor o menor medida, es de despojar, de mondar el lenguaje del sentido, hasta el hueso, es decir hasta llegar a la letra y su goce. La pregunta es: ¿Cómo se transmite al cartel este goce que subsiste, como resultado de la operación analítica? Me parece que podemos captar que hay un efecto de afecto que transmiten los testimonios de los pasadores al cartel, ya que, como sabemos, no hay final de análisis sin que el afecto sea convocado.

Lo más probable –según mi experiencia– es que el pasador se sienta tocado por el afecto de final del pasante (por ejemplo, satisfacción, entusiasmo, depresión, levedad o al contrario...) y de este modo haga pasar este afecto al cartel: por ejemplo, un Witz puede desencadenar la risa en el cartel, así como una construcción demasiado estructurada y desafectivizada puede acentuar el aburrimiento, la depresión final puede hacer flotar una brizna de tristeza, pero, al contrario, un deseo confirmado puede hacer surgir en el cartel un deseo de saber. El final de análisis no es una sinecura y un sujeto puede acabar sintiendo, por qué no, un cierto sufrimiento, una vergüenza irreductible, incluso un cierto horror de lo que se develó en la cura, o incluso el odio. ¿Por qué esto no podría generar angustia en el cartel? ¿Y por qué no también la cólera, ante un testimonio demasiado desenvuelto o demasiado interpretativo de un pasador?

Un cartel del pase no es una reunión de sabios impávidos que lo escucharían todo sin chistar, sino que por el contrario, es más bien una estructura en la que cada miembro está animado por el deseo del analista, que como sabemos no es un deseo puro.

El afecto que pasa al cartel no conlleva forzosamente a la adhesión y a la identificación con ese afecto. Podríamos decir que en el fondo, el afecto del “*gay sçavoir*”(2), es efectivamente el afecto fundamental del cartel, que quiere saber más sobre lo que pasó, sobre lo que ha podido “pasar” de real, desanudado, rizado, abierto.

Por mi parte, yo diría que el *gay savoir* va acompañado, inevitablemente de una satisfacción, al menos la de nombrar un AE, pero más radical aún, la satisfacción de haber aprendido algo nuevo sobre el análisis: de este modo el saber inédito, saber de uno solo, es un saber que es dicho, que ha pasado. De ello resulta que, por una parte, el pase consiste en verificar, en autenticar el pasaje al analista, lo que a mi juicio quiere decir que la marca de la castración ha sido efectiva, que la exploración de la vida amorosa realizada en el análisis ha permitido “experimentar” lo real del sexo, y por otra, que el pase debe dar algunas pistas sobre el destino del síntoma y el goce residual al que queda atado.

Aunque sé que se ha hablado de decepción del cartel, me parece urgente señalar que ésta estaría ligada no tanto a la calidad de los testimonios, aunque esto sea posible, sino a una decepción basada en la eficacia del análisis y de los analistas: es verdad y se puede constatar que a veces existe una considerable distancia entre lo que se transmite en la teoría sobre el pase y lo que se obtiene de un pasante y los testimonios transmitidos: un testimonio embrollado –donde los momentos cruciales brillan por su ausencia, limitándose a reconstruir la historia, la biografía del sujeto– forzosamente decepciona, no siendo los pasadores responsables de lo que el pasante les dice. A contrario, hay testimonios que fuerzan –empleo a propósito el verbo forzar– la admiración o en todo caso la escucha del cartel, e inciden sobre la decisión y la nominación.

¿El testimonio podría ser más que una demostración, una “mostración”, y de qué? De las consecuencias producidas en el analizante por sus encuentros con lo real, especialmente en la esfera sexual, pero también en el campo de la muerte y el duelo. En ocasión de las jornadas sobre la religión en París, yo había avanzado la expresión “travesía de la muerte”, la recuerdo aquí porque no existe la experiencia de vivir sin haberla transitado, lo que no implica permanecer en una tristeza profunda sino que se trata de sacar consecuencias de ese saber.

Retomo pues mi segundo punto: el paso a *lalengua*, o si lo prefieren “l’en-quête” (3) del saber inédito. “L’en-quête” para trasladar también al cartel. Se trataría de poner en común el saber inédito. ¿Cómo es que la invención de uno solo, podría llegar a concenir, a pasar a otros, señaladamente a los miembros del cartel?

La invención está comandada por el inconsciente real que la produce y modifica lo real. Me parece que hay una tensión, incluso una oposición, una contradicción entre la identificación al síntoma y el inconsciente real: si por un lado hay un irreductible en la identificación al síntoma, el goce incurable que ayuda a vivir pero que de algún modo está fijado, por el otro lado hay también un irreductible, pero en el sentido de rebelde, es decir el inconsciente real que no se limita a la letra que fija al síntoma.

Lacan planteaba la cuestión: ¿cómo se precipita *lalengua* en la letra?

¿Habría allí un “mi-s-taire” (4), un medio-callarse, como decía en París, que se anuda a un medio-decir y un “medio-dios”, que tendría la propiedad de proporcionar una indicación que surge del inconsciente real? Este inconsciente real es lo que hace advenir al sujeto a un planeta diferente donde él cree habitar: hay un saber sin sujeto, que indudablemente es más difícil de admitir que la fórmula “no hay Otro del Otro”.

Formulo pues la hipótesis que lo que produce –y producirá– el inconsciente real después del análisis, va más allá de lo que había podido cristalizar el efecto de *lalengua* en la letra del síntoma, y es por eso que podemos conjeturar que estas briznas de goce “a venir” pueden llegar a agitar la identificación al síntoma.

Indudablemente, en los casos que ha habido una nominación, el cartel debe haber advertido cuál fue la operación en la cura por la que el síntoma se redujo a una letra, pero sin olvidar que a esta identificación –y allí está la medida del vivir– vendrán a añadirse los efectos incalculables, impredecibles del inconsciente real, que no cesará de llamar a la puerta o a los postigos. ¿Cómo probarlo? Señalando lo evidente: después del análisis, la vida continúa, y con la vida, la del inconsciente y la del lenguaje.

Precisamente, no se ha establecido la doctrina del final de análisis: recordando que, si en una época el atravesamiento del fantasma, incluso su consistencia, era valorado como final de análisis, luego tomó el relevo la identificación al síntoma. La localización de los efectos de *lalengua* producen lo que M. Bousseyroux denominó acertadamente “el pase poemático”, para diferenciarlo del pase poético; pase poemático que desde mi punto de vista demuestra tanto el “Poordjeli” de Leclair como “l’étrou” de Là-quand (5). El Witz también nos encamina en la vía del inconsciente (como el lapsus), e indudablemente el cartel puede estar especialmente atento a este saber que vehiculan Witz o lapsus.

Para concluir. Propongo acordar tres formas de pase, por lo demás no excluyentes entre sí: el pase a lo real (imposible), el pase al afecto (sinthome) y el pase a *lalengua* (escritura del poema que es el pasante mismo).

¿Qué es lo que los analistas lacanianos pueden entender, sostener, de las últimas proposiciones de Lacan, no tanto del lado del lenguaje sino del lado del *lalengua* y de sus efectos sobre el saber y sobre el goce, cómo pueden orientarse sobre este “étrou – vaille poématique” (6) que en primer lugar produce sólo una solución singular frente al muro de la imposible relación, y luego solución colectiva al nivel del dispositivo del pase y de la Escuela? Considero que no existe una vía mejor para marcar la primacía que conviene otorgar al despertar sobre el sueño.

Traducción: Ana Canedo (ESPAÑA)

NOTAS:

[1] Nota trad: “L’élange” guarda homofonía en francés con “les langues”, las lenguas. Y que Lacan condensa entre otros con “élan” impulso, ímpetu, en el Seminario El sinthome. El autor retoma estas homofonías en su texto.

[2] Nota trad: “sçavoir” guarda homofonía con “savoir - ça”, saber - Cosa.

[3] Nota trad: “l’en-quête” guarda homofonía entre otros con “l’enquête - quête”, encuesta - búsqueda.

[4] Nota trad: “mi-s-taire” guarda homofonía, entre otros, con “mystère - demi-se taire”, misterio y medio-callarse.

[5] Nota trad: “l’étrou de Là-quand” guarda homofonía entre otros, con “écrou-trou de Lacan”, “être-ou?” ¿ser - dónde?. Señalado como referencia al texto mencionado de M. Bousseyroux, Jacques Lacan en escritos autobiográficos, en “Oeuvres graphiques et manuscrites”, catalogue Artcurial, juin 2006.

[6] Nota trad: “étrou - vaille poématique”, entre otros, hallazgo, valga poemático...

LYDIE GRANDET

Una experiencia que sobre-pasa

Siendo esta jornada organizada bajo el signo del testimonio, fui invitada a contribuir en calidad de pasador. El pasador tiene por tarea dar testimonio ante el cartel del pase de lo que oyó del pasante; no puede ser lo mismo aquí, hoy. Voy pues a intentar dar testimonio de mi experiencia de pasador lo más cerca posible de lo que pude experimentar y de sus efectos para mí.

Pasantes, pasadores, carteles, pero no solamente, quiero añadir al analista del pasante y los analistas de los pasadores; hay allí un anudamiento que hace escuela, que hace a la escuela, y yo debo decir, hoy aún más después de esta experiencia, que no comprendo cómo se puede concebir a una escuela de psicoanálisis sin el pase, y, más aún, cómo se puede poner en práctica el procedimiento del pase fuera de la escuela de psicoanálisis!

El psicoanálisis sólo está vivo en base a los que lo ejercen; la escuela de psicoanálisis está aquí para sostener, para acoger lo que llamaré “el aliento del pase”, aliento que hace viva la escuela, aliento que hace eco a lo que Lacan decía de in-ven-ción (l’in-vent-ion: la in-viento-ción) al final de la cura... Para que una llama se mantenga, es necesario que haya soplo de aire, que es sólo viento si no hay llama... Es seguramente aquí que se aloja la transferencia de trabajo, que hace eco al hallazgo, al agujero que valga...

Me enteré por la llamada telefónica de un pasante que me habían designado pasador: ¡“Sorteé su nombre!” me dice riéndose, lo que escuché como “¡es sobre usted que cayó!” Lo recibí pensando: “es pues el momento”, punto que me devolvía a cosas que había podido suponer en y de mi cura, pero de las cuales obviamente el analista no había dicho nada: había hecho. Si la casualidad del sorteo me iluminaba sobre este punto, fui sobre todo sensible a la dimensión de llamada de la escuela y al sentimiento de pertenecer a una comunidad que contaba conmigo: el “alea jacta est”, o (en mi len-

gua) “es atal”, “es así”, y no se me ocurrió retroceder: más bien un “cuando hay que ir, hay que ir”.

De estos encuentros con este pasante, momentos inaugurales puesto que era la primera vez tanto para él como para mí, yo quedaba perpleja: su manera de presentar su cura y los puntos extraídos no hacían resonancia para mí; tenía una duda: “¿Y si el analista se había equivocado designándome como pasador?” En efecto, o yo no estaba a la altura de mi tarea, o el pasador no estaba en un momento de pase; sin embargo, su analista y el Secretariado del pase lo habían alentado: tomaba pues apoyo sobre la Escuela y estuve tentada de concluir en una incapacidad de mi parte. Obviamente, no sabía nada del otro pasador, cuyo nombre ignoraba, y estaba realmente desconcertada. Mi tarea de pasador me remitía a una pesada soledad y esta carga me abrumaba: a posteriori, puedo dar testimonio del alivio sentido, del sentimiento de ligereza que me embargó tan pronto como me entrevisté con el cartel del pase con quien se aclaraban algunos puntos! Medí entonces cuánto, desde hacía meses, “me pesaba” esta función y tal vez este testimonio. Para intentar ubicarme y aligerarme, había hecho la elección a medio camino de recurrir a un ex AE para comunicarle mi desconcierto y le agradezco su acogida; era para mí una manera de recurrir a la Escuela.

Intencionalmente no abordé estas cuestiones con mi analista: consideraba que también el estaba en este pase, y le estoy agradecida por su discreción, por favorecer la dimensión de experiencia y sus efectos en la cura.

Tuve la suerte de encontrar varios pasantes. _ Uno de ellos era de lengua española, aunque hablando un poco francés. Para contribuir a los intercambios de la mañana sobre esta cuestión, diré simplemente que, en nuestro primer encuentro, me sorprendí al responderle espontáneamente en su lengua.

Quiero decir que cada experiencia es singular y que enfrenta cada vez a puntos que se refieren a lo íntimo, del pasante – seguramente – pero del pasador también!

Hay, en los testimonios de los analizantes que se presentan al pase, puntos que hacen eco al pasador, entiendan eco como una voz sin sujeto que resuena, y que repercute, o no, en la propia experiencia del pasador; está a cargo del pasador transmitirlos al cartel. Un poco como en estos juegos de relevos donde se trata de hacer circular un objeto... Pero es necesario que el pasante tenga una idea de lo que quiere hacer pasar y que no se eche para atrás. Así pude escuchar a alguien para el cual yo diría que hubo pase, pase clínico. Me parece que este punto resonaba de manera bastante evidente en su testimonio, y sin embargo algo permanecía no sabido aun diciéndolo; como una manera de descuidar la evidencia, diría yo, de renunciar a “hacer agujero, uno que valga”.

Fui a testimoniar al cartel lo más cerca posible de lo que había oído; tenía la idea que había habido pase, seguramente, pero que el pasante no tomaba acto de ello. Se encomendaba a los pasadores y al cartel! No tenía idea del nombramiento o no; en un efecto a posteriori de nuevo, pude sacar algunas conclusiones sobre este pase. No hubo nombramiento. Lo formulo así porque esperaba durante algunos días un anuncio del cartel que no llegó, por ello concluí que el pasante no había sido nombrado: no se informa personalmente al pasador de la decisión del cartel.

Por otro lado, me impactó que los miembros de los carteles delante de los cuales di testimonio no se presentarán: aunque conocía algunos, ignoraba el nombre de varios de ellos. Hay en ese momento una solemnidad que el anonimato acentúa.

Obviamente, me pregunté sobre esta no-nominación; sola, puesto que para este pase tampoco conocía al otro pasador y que, ante el silencio del cartel, yo no me autorizaba a hablar con miembros del cartel a quienes podía conocer.

Mi idea es que hay una discreción de rigor con el fin de cuidar el efecto propio a cada uno, punto que tomé seriamente y que respeté.

Voy pues a intentar comunicarles las observaciones o las preguntas que me hice.

Primer punto, el pase en la escuela no es un examen de paso; en todo caso, retengo de mi experiencia que el nombramiento de AE no es solamente una autenticación, una validación del hecho de que haya habido pase en la cura. Eso me obliga a distinguir el pase de las consecuencias del pase: haber cernido la causa de su propio horror de saber y llevar la marca no bastan, es necesario también que eso lleve al entusiasmo (adopto aquí los términos de la “Nota italiana”). Este punto me parece esencial y está directamente vinculado con la dinámica de Escuela: ¿De qué entusiasmo se trata? Diría hoy que se trata de aquel de querer soportar, transmitir, transportar el aliento del pase, el que aviva la llama del psicoanálisis, y retomaré aquí la metáfora del juego de relevo que llamábamos, cuando era niña, “el juego del cuchillito”. La experiencia de analizante no basta, se necesita también lo que designamos, a falta de algo mejor, transferencia de trabajo/ hallazgo (travail/trouvail), que puede permitir que algo del agujero encontrado vaya dirigido a otros, que se reconocen “entre s(a-v) oír (1)”, estos “congéneres (2)” como los llamaba Lacan, que deben encontrarla, la marca, y que constituyen la Escuela. Ser llevado al entusiasmo es tanto querer ocupar el lugar, como dar testimonio de los problemas cruciales en los puntos vivos donde están para el psicoanálisis, especialmente en tanto que estamos en la tarea o al menos sobre la brecha de solucionarlos (3).

Segundo punto: el papel de los pasadores es esencial en esta acogida (del entusiasmo) puesto que, nos dice Lacan, ellos “se deshonoran al dejar la cosa incierta”. De dónde y cómo ¿el pasador puede oír? No puede oír sino a partir de su experiencia de analizante; y sin embargo, ¿es necesario también que tenga la preocupación de los puntos vivos del psicoanálisis?

Tercer punto: hice hincapié en la discreción de rigor, la discreción rigurosa: discreción debe entenderse en sus dos acepciones, discernimiento y reserva. El pase es esta operación que pone en presencia, en el presente, a la vez el aliento y la reserva, el decir y lo imposible a decir del cual llevamos la marca de *lalengua*, y de donde puede, de paso, extraerse un poco de saber... no sin otros.

Así pues, la nominación de un analista de la Escuela autentifica el pase del analizante al analista que sabrá tomar el tiempo de contribuir al saber, en caso contrario no hay oportunidad de que el análisis siga haciendo prima en el mercado (4). Tengan en cuenta el pragmatismo de Lacan...

Para terminar, quiero destacar los efectos de afectos que suscita la experiencia de pasador y es seguramente lo que me condujo a dar como título “una experiencia que sobre-pasa”. Hay en el pase, cuando se es pasador también, algo del orden de la *tyché* que sorprende y de-prende. Hay momentos de encuentro preciosos que entusiasman, los que trastornan o que abruma –lo que intenté decirles– pero me llevan a pensar hoy que este tiempo del pase debe favorecerse: en mi opinión, los encuentros con los dos pasadores no son formalidades; de echo, que ellos sean dos es una oportunidad, eso permite idas y vueltas para el pasante, propicios a aclaraciones y a elaboraciones. El pasador es testigo de este camino; a veces, sin saberlo, contribuye con las preguntas que hace y que son las suyas, y no deja de tener consecuencias para él...

Traducción: Patricia Muñoz (Colombia)

NOTAS:

[1] J. Lacan, “L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à”, seminario inédito, lección del 15 de febrero de 1977.

[2] J. Lacan, “Nota italiana”, en *Otros escritos*, Pa-

rís, Seuil, 2001, p. 308.

[3] J. Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, en *Otros escritos*, OP cit., p. 244.

[4] J. Lacan, “Nota italiana”, ob. cit. p. 309.

BÉATRICE TROPIS

Pasante

“No sin Escuela... No sin pasador... No sin Cartel del pase”

Ir al encuentro de hombres de letras, de artistas, realizar películas es la obra de Joël Calmettes. Gerardo Garouste es su último retrato, en *El pasador*. Filmado en la intimidad de su estudio, testimonia al pasador de palabras, al pasador de imágenes que es este pintor. Escuchar a un hombre de teatro, leer *Sin destino*, es ir al encuentro de Imre Kertész. No era un simple lector, un simple mensajero, del texto literal, era un pasador. Como pasador, él tenía la preocupación de hacernos presente el texto borrándose como sujeto y de hacernos pasar, de transmitirnos a nosotros oyentes, algo de su encuentro con el texto del escritor.

Hoy en día, tuve la posibilidad de vivir una experiencia de pasador, en otro campo, el del psicoanálisis.

No fue sólo asombro cuando por una voz desconocida al teléfono me anotició que había sido sorteada como pasadora. Si este anuncio se hizo por la voz, me dejó sin voz. Instante sorprendente, en el que entusiasmo y la angustia simultáneamente surgieron. Viví eso más intensamente en cuanto no había sido avisada de ninguna manera por mi analista.

No esperaba esta designación, que llegó en un momento de mi análisis en el que tenía el sentimiento de no saber nada más, en el que mi deseo estaba en impasse. Vivía allí un período difícil en la vida después de un momento de franqueamiento, de un paso a otra cosa. Este anuncio hizo surgir de nuevo este momento de pase clínico, vivo, abriendo la vía al deseo.

No obstante, el temor de no estar a la altura de la tarea, de no poder asumir esta responsabilidad implícita me atravesó. Frente a la angustia, a la duda, mi primera respuesta habría sido escabullirme. Entonces, para mi gran sorpresa, es un sí decidido lo que surgió. El despertar de mi deseo de oír algo de este momento relámpago del pase/paso al analista y la respuesta sin retraso ganaron de mano a la vacilación, a la incertidumbre...

Consentir en participar en esta experiencia de pasador hizo corte, introdujo un antes y un después, en mi trayecto analítico. Acabó el tiempo de la demanda, de los ideales, acabó la búsqueda de sentido, de un Otro del saber... No tenía otra elección que la de hacer frente al saber salido de mi propio análisis, de confiar en mi trayecto analítico.

Es de lo imprevisto, de esto inesperado que surge del acto. El acto de consentir a la función me inscribió en un lazo otro, más allá del de la transferencia en una cura. Es compromiso, anudamiento a la Escuela, al psicoanálisis, es un paso de lo íntimo a lo “éxtimo”, un paso hacia un sin refugio de la cura.

A la sesión siguiente, daré parte del llamado y diré la alegría sentida por este anuncio. Estaba animada por el deseo de saber en cuál momento mi analista me había puesto sobre la lista de los pasadores. Del mismo modo, quería saber más sobre la función del pasador. Si esto “empuja al trabajo” esto me llevaba, me reforzaba mi sentimiento de no estar a la altura. La duda entonces me invadía. No es sino cuando soltaré este “todo” que sorpresa e invención aparecerán.

El encuentro con el pasante fue un momento hecho de urgencia para decir, de prisa para concluir, de certeza, de deseo, de desestabilización, de duda, de angustia... Usted

acoge a una persona que a usted no lo conoce, a la que usted no conoce. Usted acoge un testimonio, sin saber lo que usted va a oír. Ustedes mismos están a las puertas de un franqueamiento. Ustedes ocupan un lugar inconsistente y desestabilizador, en un sin garantía. Sin embargo, incluso con este “no conocido”, este “no sabido”, la magia del dispositivo opera.

¿Qué es? Si hablar a alguien supone la puesta en función del Sujeto-supuesto-Saber, allí, en este dispositivo, esta puesta en función no está, y, sin embargo, el pasante dice al pasador lo más íntimo de su experiencia de analizante, sin reserva.

¿Qué hace allí? El pasador no está en una posición del analista, nos dice Lacan. Se sostiene en su lugar de un “sin pensar”. Acoge sin poner obstáculo al testimonio del pasante. Ofrece un lugar vacío, sin “yo{je}”, sin juicio, sin fantasma, en el que su imaginario está reducido a una piel de zapa. No está tampoco en posición de semejante que comprendería, ni de par, ni en posición de gran Otro para el pasante, pero está en posición de cándido. Cándido en el sentido de una escucha sensible y abierta, en la que interroga, en la que es sin saber, sin querer comprender.

Del mismo modo, hay un sin reglas (frecuencias, duraciones), un sin modelo, sin ninguna identificación posible para guiarlo en su función de pasador, sin ningún decir sobre lo que hay que hacer y cómo ponerse allí.

Este vacío no dejaba de inquietarme, a punto que quería recubrirlo por un “todo”. No es sino una vez que en la vivo de la experiencia que se develo un paso hacia un “no-todo”. Mis únicos puntos de enganche eran mi deseo y la confianza en este dispositivo inédito.

A veces, me sorprendía con estar demasiado fascinada, estar cautivada por lo que pasaba allí, por lo que se decía allí. A veces, quería comprender, encontrar las respuestas a mis propias preguntas, recibir el saber que diría. A veces, la inquietud de no oír, de olvidar algo importante venía a invadirme y anotaba todo. A veces estaba desestabilizada, estaba en lo desconocido, entonces intentaba agarrarme de lo conocido, de un saber teórico. A veces, me preguntaba por qué había aceptado esta función, en otros momentos experimentaba el entusiasmo. Es en ese movimiento en el que angustia, duda, inhibición podían invadirme, y que olvidaba el trabajo de transmisión.

No es sino una vez que el pasante hubo acabado su testimonio que me autoricé a intervenir, a interrogar, buscando algo sin saber demasiado qué. Estuve animada por un deseo de saber.

Después de esta primera cita, vino el tiempo de lectura, de relectura del texto del pasante. Lo cuestionaba, lo interrogaba, buscaba su lógica, buscaba la prueba, señalaba lo que no comprendía, las demandas de precisiones, las articulaciones que quedaban oscuras..

La necesidad de una segunda cita con el pasante se impuso entonces. Pero tomar a mi cargo esta demanda no era sin dificultades. Pude sobrepasar este punto de tope tomando apoyo sobre la tarea del pasador, sobre la idea de la transmisión. El pasador tiene el encargo de llevar, de depositar, de hacer pasar el testimonio del pasante a los miembros del Cartel del pase. Es responsable de eso en el sentido en que tiene que dar cuenta de lo que se dijo allí. Pude llamar al pasante, y una segunda cita tuvo lugar, aportando esclarecimiento, profundización, pero también sorpresa.

Vino el tiempo de la elaboración de lo que ha sido oído, de la construcción del testimonio. Es un tiempo de encuentro con la soledad. Usted no se puede apoyar en ningún escrito, en ningún saber. Su solo punto de partida es lo que usted oyó. ¿Cómo escribirlo, cómo decirlo? Temía que mi construcción recubriera la lógica del decir del pasante al mismo tiempo que me preocupaba por permanecer lo más de cerca del testimonio escuchado y de no hacer interpretación.

Estaba en ese tiempo de trabajo de escritura y de "reescritura" cuando un real hizo fractura en mi vida. Un accidente de tránsito grave me obligó a una inmovilización total por varias semanas. Si la inmovilidad pudo hacerme bascular un tiempo en el desaliento, la experiencia de pasador me movilizó y fue de gran sostén en mi deseo de saber.

Una cuestión brotó entonces, que no deja de acompañarse después: ¿qué es lo que hace pase/paso? Si la experiencia de pasador, la llevaba en un "íntimo", allí, el deseo de compartir, de decir fue tan vivo que por primera vez propuse intervenir en este día "Experiencias de pase". Así, durante todo este período, trabajo de escritura y deseo de transmitir me animaron.

Yo "retrabajé, retranscribí, rerepetí" todos los enunciados, tal cuales, del pasante, todo lo que había oído. Quería escribir todo para no omitir nada, registrar todo para no perder nada. Después de este largo y fastidioso trabajo, me di cuenta de que tanto su lectura como su escucha habrían sido fastidiosos y no vivos.

¿Cómo escribirlo entonces? Es a consecuencia de un acontecimiento anodino que la escritura del texto se impondrá. Mientras que el trabajo de "todo" se acabó, he aquí que mi computador, él, suelta todo, el disco duro está "HS" {fuera de servicio}. Si había salvado mis notas múltiples en el momento del accidente, estaban allí sin "salvaguardia". Me reencontraba en la obligación de tener que "rereretranscribir" todo. Pero he aquí que nada va a escribirse del mismo modo. Un trabajo de reducción, de depuración, de articulación va a hacerse sin quererlo. Conocía las notas, las palabras estaban en la punta de la lengua, aunque estando lo suficientemente separada para extraer de eso la partición, la clave.

Tal como un buscador de oro, separando para captar en mi batea las palacranas de un decir en el río de los enunciados. Este texto otro que va a escribirse, lo llevaba como un objeto precioso, no para "salvaguardar", sino para soltar.

Durante este trabajo de construcción, la fecha del encuentro con el Cartel del pase fue fijado. No pudiendo reunirme allá, por las consecuencias del accidente, propuse otras modalidades para hacer pasar el testimonio. Medí, entonces, la importancia de la palabra, la enunciación para el Cartel del pase. La transmisión no es una historia simple de enunciados, pasa por la palabra. Una fecha posterior entonces fue fijada. Si la espera antes del encuentro con el Cartel habría podido ser angustiosa, fue más ligera entonces. Pude plantear, olvidar el texto, consentir perderlo.

La intensidad del encuentro con los miembros del Cartel continuará siendo un momento inolvidable. Cada miembro tenía un gran respeto, en una escucha atenta, y esto durante la transmisión. Uno de los miembros tradujo simultáneamente el texto (el Cartel del pase es internacional), estaba preocupado por la palabra, por lo justo del texto. Es en esta acogida hecha de la confianza que la duda y el temor que me invadían en el tiempo anterior desaparecieron. Experimentaba una cierta desubjetivación, que hizo sitio a un vacío.

Inesperado, sorpresa. Nada se desarrolló como yo lo había pensado. Mi texto se me cayó de las manos, la lectura que hacía se me imponía, esto escapaba de mí, me sobrepasaba totalmente. La lógica en su articulación se desplegaba a mis costas. Pasé lo vivo del decir del pasante, el filo de la experiencia, sin el velo de demasiados detalles de los que mi texto era portador. Un deseo de transmitir, en una preocupación por el "bien decir", era mi solo hilo de oro.

Después del encuentro con el Cartel del pase, experimenté un sentimiento de alegría y de ligereza. Mi tarea de pasador estaba cumplida, esto no me pertenecía más, había pasado el testimonio. Duelos se hacían, duelo del testimonio, de mi transmisión, del saber (ustedes parten sin saber), pero también duelo de un ideal.

Participar en esta experiencia produjo après coup una caída de mis representaciones sobre el pase, sobre la nominación. Su idealización, su sacralización, su misterio bascularon para dejar lugar al orden de lo posible.

Un cambio en la situación, un nuevo tiempo en mi cura va a emerger. Una nueva relación al saber va a introducir el descubrimiento de un límite, de la inexistencia de un todo-saber. La experiencia que el saber en análisis no es un saber que se acumula, sino "un saber que se contenta con comenzar siempre", como lo escribe Lacan, va a hacer apertura hacia...

Traducción: Ricardo Rojas (Colombia)

LUIS IZCOVICH

El juicio del cartel

Quisiera abordar de manera sucinta, según el estilo convenido para esta jornada, la cuestión del juicio de los carteles del pase. Nosotros habíamos decidido mantener el término de cartel y no el de jurado para el grupo encargado de decidir la nominación del pasante.

El cambio en los términos, de jurado al de cartel, da cuenta de una intención: no reducir a aquellos que deben evaluar los pases a una tarea de juzgar, la cual sin embargo es una dimensión esencial de esta experiencia. Se espera entonces una elaboración.

Como todo trabajo de cartel, esta elaboración es el fruto de una confrontación con los otros miembros del cartel, pero la elaboración es individual. Yo estuve en tres carteles constituidos por personas diferentes, ya que cuando participé en los carteles del pase, estos estaban constituidos de una manera que podíamos llamar efímera. Cada cartel tuvo que examinar tres pases y el resultado fue una nominación de AE; entonces se escucharon nueve pases y hubo una sola nominación de AE.

Por lo demás, aproximadamente esto corresponde a la experiencia de los otros carteles del pase. ¿Es necesario deducir que los carteles fueron particularmente exigentes, que han sido elitistas, buscando la perla analítica, el pasante imposible de encontrar? Es algo recurrente en la experiencia del pase. Digamos que lo que hace surgir esta cuestión es el desfase que se presenta entre aquellos que afirman ser candidatos a la nominación y las respuestas del cartel.

Esta diferencia esta relacionada con la certeza, la certeza del pasador no arrastra la del cartel. El postulado de los pasantes sería: "Ser AE, yo lo merezco"; la enunciación del cartel que ha concluido con la no nominación sería: "Tu no lo has probado". En efecto, yo no he conocido un pasante que no se presentara con la certeza de que el análisis lo había llevado hasta el punto en que emergió el deseo del analista, lo que por lo demás es lógico, puesto que uno se presenta al pase para demostrar como surgió este deseo. Incluso si se toma el ejemplo de una pasante, que se presentó al dispositivo relativizando el hecho de ser nombrada AE. Ella se dio cuenta, en el transcurso de las entrevistas con los pasadores, que tenía la certeza de que su deseo elucidado se había convertido en deseo del analista, ella estaba entonces convencida de ser AE.

Los límites de tiempo me obligan a restringir el desarrollo, les presento entonces lo esencial y comienzo por esto. El pase no puede evaluarse matemáticamente. No se puede concluir a partir de criterios de cantidad, o que la diferencia entre la certeza del pasante y la no validación que hace el cartel se debe a una concepción errónea del cartel en lo que concierne al origen del juicio. Es verdad que el pase debe permanecer lo más cerca posible de la experiencia analítica, tal como se presenta en un momento dado de la historia. Esto quiere decir que debe existir una solidaridad entre el producto de un análisis, en cuanto a lo que concierne al efecto de formación de un deseo: el deseo del analista y su verificación en el cartel del pase.

Es entonces legítimo resaltar la siguiente cuestión: saber si el cartel tiene una idea del pase que corresponda a lo que efectivamente ocurre en los hechos que se presentan en los

análisis. Es una cuestión que nos hemos planteado sistemáticamente en los carteles del pase en los que yo participé.

Por lo demás, es un hecho que en el momento de la decisión cada miembro del cartel pone en serie, de manera explícita o no, los otros pases escuchados. Sin estar desconectado de la experiencia efectiva, el cartel por lo tanto no puede recurrir a criterios matemáticos para su juicio.

Por lo tanto conviene examinar la causa de este desfase, lo que supone un debate serio sobre la idea que uno se hace del pase y lo que se espera de él. Ante la ausencia de este debate, lo que viene en su lugar, son órdenes, dicho de otra manera, el pase político, lo que es algo diferente de una política para crear las mejores condiciones para el pase. Doy como prueba de esto lo siguiente: decir "es necesario dejar pasar", refiriéndose a personas que se comprometen en el dispositivo, e igualmente con respecto a aumentar el número de nominaciones. Esto es una presión política que, además, sin la evaluación de la experiencia se convierte en una fórmula del superyó institucional. Entonces, me parece que hay dos puntos esenciales para tratar la cuestión: 1. El pase, ¿es para quién? 2. Los criterios de nominación.

El pase, ¿es para quién? Ya lo dije y lo sostengo: si bien el pase está abierto a todos, no es para todos y no en cualquier momento. Ciertamente, el secretariado del pase, en el cual yo participo actualmente, no tiene por función substituir el cartel del pase y juzgar a priori si se ha presentado o no el pase en tal candidato. Contando con esto, el secretariado compromete su responsabilidad cada vez que compromete a alguien en el procedimiento. Recordemos con respecto a esto: ¿el pase evalúa una carrera analítica o evalúa lo que surge al final y que concierne a un deseo inédito?

Para Lacan, el pase no está hecho para reconocer un recorrido como analista. A partir de esto, cuando la demanda de pase no corresponde al deseo de querer probar el momento en que se da este cambio, ella puede ser juzgada como no pertinente. Por supuesto, esto no es un prejuicio sobre las capacidades del candidato para ocupar el lugar de analista. Esto quiere decir que hay un momento para el pase y que este no debe intervenir ni muy temprano ni muy tarde en lo que concierne el acto de autorizarse como analista. Puede ocurrir que el secretariado perciba que una demanda no se presenta en el momento oportuno. Lo que se debe hacer es disuadir el candidato y no ratificar la demanda si así lo considera. Entonces la pregunta: ¿Quién hace el pase? Es esencial cuando se examina la diferencia entre las certezas del pasante y las del cartel.

Vamos a los criterios de nominación, entonces al juicio del cartel. Lo he dicho, los candidatos comprometidos en el dispositivo se presentaron con la certeza de que su análisis había tenido como efecto la producción del deseo del analista. Lo que el cartel ha podido confirmar en todos los casos son los efectos terapéuticos del análisis o sea la elucidación del síntoma, la desaparición de las inhibiciones y un cambio con relación a la angustia.

En todos los casos se confirma un beneficio en la manera como se desarrolla la vida de estos sujetos. En lo que hay menos unanimidad es en la confirmación de la certeza referida a un deseo inédito

Así, una pasante funda la certeza de su testimonio de pase, en el hecho de estar segura de haber sobrepasado su posición, la cual siempre consistió en diferenciar una mujer en la cual siempre se puede creer, de otra a la cual no le desea el bien. ¿Pero cómo se presenta esto durante una entrevista con una pasadora: "Pero finalmente percibo que usted,

al contrario del otro pasador, tiene prejuicios con respecto a eso que es una mujer?", ¿puede el cartel, pasar por alto esta formulación?

No es suficiente tener la certeza de que un cambio se presentó entre la entrada en análisis y el momento del pase. Es necesario aún probar la causa analítica de este cambio y los índices que dan cuenta del cambio de posición. Es necesario señalar que cuando Lacan aborda en su texto "El Atolondradicho" los tres imposibles que son necesarios para dar por terminado un análisis, o sea, la significación, el sentido y lo imposible de la proporción sexual, e igualmente el duelo del objeto (a), encarnado por el analista, Lacan intenta cernir los efectos en términos de posición subjetiva. La fórmula de Lacan es: "Con todo esto sabrá construirse una conducta", y adiciona: "Hay más de una, incluso montones".

A continuación hay dos ejemplos que yo no comentaré, pero el punto común es una conducta regulada por la castración. "Saberse construir una conducta" implica un saber hacer inédito anudado a la pulsión. Construirse una conducta indica una salida a la asociación libre, a la indeterminación inducida por el significante y constituye entonces la salida a la falta en ser.

Planteo entonces que la certeza del final exige una demostración de aquello que en principio regula la conducta del sujeto. Que haya un montón de conductas, siguiendo lo propuesto por Lacan, indica que no hay un modelo. No hay modelo, pero si una posición singular diferente a aquella que ha guiado el sujeto a lo largo de su existencia.

La nominación como AE que nosotros realizamos responde a una apuesta, sobre el deseo del analista, pues se trata de alguien que comenzaba su práctica. En efecto el sujeto supo convencer al cartel de que había una posición sin retorno en cuanto a sus decisiones, lo que no excluía las preguntas. Estas eran intransigentes y referidas a un deseo marcado por una renuncia al sacrificio que la había mantenido en el no saber. Su decir indicaba una sentida determinación para hacerle frente al deseo del Otro, que se tradujo en una toma de responsabilidad en la causa analítica sin ceder a los efectos sugestivos del Otro, encarnado como se presenta algunas veces al final, en la institución analítica. Ella pudo mostrar la causa de su cambio: los tres imposibles producidos por la cura y a lo cual está asociado el atravesamiento del duelo en la transferencia. Finalmente, ella ha podido construirse una conducta, lo que es una prueba de una certeza que se convierte en acto.

Traducción. Luis Fernando Palacio R. (Colombia)

TRABAJOS DE LOS CARTELES DEL PASE 2008-2010

CONTRIBUCIÓN DEL CARTEL 3

Los miembros del cartel son: Florencia Farías (más uno), Jean-Pierre Drapier, Jean-Jacques Gorog, Maria Eugenia Lisman, Colette Sepel.

LO QUE NOS CONVENCIO

INTRODUCCIÓN

Aún inmersos en la experiencia, consideramos importante compartir nuestras primeras impresiones como miembros de un cartel del Pase. Parece imprescindible que no haya pases mudos, y por esta razón es necesario que el jurado diga lo que pueda decir de su experiencia, y evite que la reserva necesaria se transforme en un silencio que coloca al pase en un lugar enigmático. Si no, haríamos del pase un ideal de escuela, y no un procedimiento de investigación y nombramiento.

Lo que permite nombrar, a nuestro parecer, está dado en parte por aquello que falta, es decir por todo aquello que casi inmediatamente nos conduce a decir que un nombramiento es imposible. Hay un aspecto espectacular del cual el pase se pasaría de buen grado, cualquiera que sea su forma. Del vacío sideral de toda posición abstracta a la repetición caricaturesca de las reiteradas tesis sobre el pase, existen a veces cierta sencillez en la enunciación, una mesura en los efectos atribuidos al análisis, más convincentes de un trayecto efectivo.

Habiendo escuchado tres testimonios, nuestro cartel nombró en el mes de julio último un analista de Escuela.

Unas palabras sobre este cartel, integrado por tres colegas franceses, una española y una argentina. No habíamos trabajado juntos, algunos ni siquiera nos conocíamos y además, la lengua surgía como un importante obstáculo. Agreguemos que algunos no conocíamos a

los pasantes sino de lejos y otros, en absoluto, lo que tuvo como efecto que nuestra escucha, por lo menos en este aspecto, no se viese teñida de lo imaginario dado por afinidades o desconocimientos. Pero existía la incertidumbre de cómo funcionaríamos juntos.

De hecho, se fue logrando en nuestro cartel una transferencia de trabajo adecuada que, junto a una atmósfera de trabajo distendida, nos posibilitó poder escuchar los testimonios con independencia de los conocimientos adquiridos, y enfrentarnos a la particularidad de cada caso, cuya necesidad está subrayada por Lacan en la Conferencia de Ginebra. Dicha atmósfera posibilitó también que en el debate cada uno pudiera dar su opinión, logrando, desde cada decisión particular e íntima, un acuerdo general y una decisión colectiva.

Este nombramiento se hizo, pues, por unanimidad, ninguno de nosotros tuvo que convencer a ninguno de los otros cuatro. Lo mismo pasó con los no nombramientos, lo cual confirma que hay algo que logra imponerse, que logra “pasar” y ser escuchado a pesar de las diferencias.

Pero ¿hemos sido convencidos todos de y por lo mismo? Nada menos cierto.

Y fue sobre este punto que comenzamos a reflexionar para realizar este escrito, luego de que cada uno diese por separado las razones que lo llevaron a realizar el nombramiento. Después de intercambiar nuestras opiniones por escrito, pudimos comprobar que los puntos que habían logrado imponerse como decisivos eran prácticamente los mismos. Había, es cierto, algunos matices en la lectura de dichos puntos. Esto prueba que había no sólo análisis, sino pasaje al analista, y que esto pasaba, gracias a o a pesar del “filtro” de los pasadores, hasta nosotros.

Es la singularidad de cada pase lo que esperamos que aparezca en el despliegue del procedimiento, cuando el jurado recibe el testimonio de los pasadores: la singularidad de cada pasante, de cada análisis, de cada fin de análisis.

¿Por qué a veces no se capta el momento del pase? Puede ser porque no se dio, o porque algún obstáculo se opuso a la transmisión. Lacan creó este dispositivo para que la persona, la voz, la presencia, no hagan obstáculo, y que haya un “efecto de discurso”. Pero puede ser que por efecto de la estructura, del estilo, ya sea del pasante, ya sea del pasador, algo no pase.

El testimonio del pasante permite una lectura de lo acontecido en su cura. Lectura que implica una re-escritura de esa experiencia, y como el pasante queda expuesto a volver a vivirla de algún modo al narrarla, no se trata de una historia congelada en el pasado. Por el contrario, el dispositivo permite que haya lugar para el acto, que “pase algo”, en el sentido de la transmisión y en el sentido del acontecimiento.

El nombramiento no apunta al ser, no se nombra ni al ego, ni al sujeto, no es un reconocimiento, no es un premio. Señala algo de la falta, del deseo.

Pudimos corroborar la importancia de que los pasadores sean dos. Los testimonios a veces difieren, incluso en los hechos. Algunos pasadores traen, junto con el testimonio, sus propias construcciones, otros lo hacen en forma más espontánea y menos elaborada. La transmisión puede tomar distintas formas, incluyendo lapsus, olvidos, y otras de-formaciones del inconsciente.

Hay detalles muy finos que pueden no ser captados, aunque uno o los dos pasadores los hayan mencionado. La subjetividad opera para todos, pasadores y miembros del Cartel.

Hay testimonios donde se ve claramente que no es posible nombrar, pero hay otros donde el no nombrar no implica que no hubo análisis, que no hubo cambios de posición subjetiva, o incluso un final de análisis, porque el pasador no pudo o supo testimoniar, y que no fue posible “hacer pasar”.

Nuestro cartel no tuvo una escucha silenciosa, se permitía preguntar y hasta forzar al pasador a tomar posición respecto de lo transmitido. Algunos pasadores se arriesgaban más y justificaban su apreciación acompañándola de consideraciones teóricas.

Sin embargo, la decisión no se toma a partir de la teoría sino del testimonio y del trabajo producido por él, hasta el momento en que la decisión se precipita, sobre todo alrededor del hallazgo de un punto de conclusión del análisis que dé cuenta del final.

¿QUÉ SE NOMBRA?

¿Qué es lo que decide el nombramiento? Hay un modo, y evocar estos elementos no será una receta, como lo dice Lacan del pasador, quien no esté en el pase, no podrá prevalerse de ello.

Fue la narración de un trayecto largo, de un recorrido que habría podido ser contado de un modo trágico dadas las catástrofes y muertes que se sucedían, pero que nos fue narrado sin pathos, con el tono ligero de una novela breve. Consiguió así transmitir el lugar certero de lo que hace el inconsciente, lugar cuya marca señala un antes y un después del análisis. Testimonio que mostraba cómo un sujeto pudo, por etapas sucesivas, desprenderse del estancamiento y de la muerte, para escoger por fin y de manera decidida, la vida. Se podían desprender del relato dos hilos cronológicos, lógicos y anudados, el de las peripecias de la vida y el de las peripecias transferenciales, de vueltas y rodeos pulsionales, de momentos claves, de escansiones.

Un acuerdo se hizo presente entre los integrantes del Cartel: que lo que termina por precipitar el nombramiento es un sueño; sueño que generó mucho debate, pero en el que se pudo cernir una sombra que indicaba un circuito pulsional, donde podía vislumbrarse algo de un viraje que daba cuenta del advenimiento de un nuevo deseo, el deseo del analista. Se pudo percibir el opacamiento de la pulsión y su puesta al servicio de la posición de analista, pero sobre todo el cambio de perspectiva, el cambio de posición del sujeto en este pasaje al analista.

Percibir eso fue lo que hizo decir que sí al nombramiento, fue del orden del encuentro con un “eso es”. Era eso lo que el pasante había querido hacer pasar y lo que el Cartel debía captar en el testimonio del pasante.

Si bien un sueño no es un pase, hay sueños que marcan el camino.

Este sueño ilumina sectores del análisis, muestra la posición fantasmática, indica operaciones del análisis.

Difícil de enunciarlo, no por lo que tocaría a lo íntimo, pues lo íntimo acá lo es demasiado y por este hecho mismo difícilmente reconocible y atribuible a alguien que eventualmente creemos conocer bien. La razón es otra, arrastrar a una figuración que empuje a la anécdota.

“¿Quién más que ese psicoanalizante en el pase podría autenticar en él lo que éste tiene de posición depresiva? No aireamos aquí nada con lo que uno pueda darse aires, si uno no está allí” Proposición AE.

Un punto por lo tanto que concierne a la lengua. Figura una rata, es algo que es normal, el psicoanálisis como asociación libre comenzó con una célebre rata, salvo que aquí la lengua impone que se trata de una rata en femenino. Favorecidos por el bilingüismo forzado del cartel que exigía aclaraciones, en la lengua del pasante, rata es femenino cualquiera sea su sexo (como ratón en francés), lo que forzó a hacer precisar que, en suma, la rata en cuestión era bella y una rata en femenino, detalle no sin importancia para la lectura del sueño.

La historia del sueño lleva la convicción, queda por explicar por qué este elemento en efecto lleva un efecto de verdad comunicativa. Hay una paradoja surgida del sueño que pone en evidencia el enigma del pasaje –la palabra pasaje no es anodina– de un objeto pulsional a otro, con su lado “sin sentido” y, por otra parte, el efecto indiscutible de pacificación.

El sufrimiento de sobreviviente popularizado por Cyrulnik bajo el nombre de “resiliencia” y que por muy seductor que sea no es menos erróneo, ineficaz en el fondo. ¿Pero por qué verdaderamente ya que en suma habría por lo menos un intentato de hystorización, de subjetivación del acontecimiento? El caso es que esta historia no tiene en cuenta lo que ocupa al sujeto, lo quiera o no, el objeto causa de su deseo y el goce al cual está atado y que rechaza hasta “de condescender al deseo”. En contrapartida resulta que lo que cuenta es este cambio del objeto de la pulsión, que Lacan evoca a menudo pero discretamente, especialmente en los dos únicos ejemplos del pase que él ofrece (1)

Uno de nosotros manifestó que lo que decide su nominación es: “ser tocado por el toque de real que se desprendió de este pase” A pesar de la homofonía, estos dos significantes no remiten a la misma cosa, muy por el contrario, ser tocado tiene que ver con la *tychê*, un encuentro con lo Real, en tanto que el toque remite más bien al lado impresionista, a una pequeña pincelada, fuera de toda demostración ruidosa y didáctica.

Hubo pase porque un real ha sido alcanzado, pero de ese real sólo pueden decirse pequeños toques: forzar demasiado el trazo vuelve sospechoso el testimonio, lo intelectualiza, lo hace adaptarse a lo que espera la teoría, el cartel, etc. Procediendo por toques fue como este testimonio tocó lo Real.

Podemos afirmar que ese Real se manifestó en cuatro niveles diferentes:

1. El sueño de la rata. Por intermedio del análisis le permitirá una transformación en su vida, y la introducción en una práctica del psicoanálisis que le era imposible anteriormente
2. La manifestación de esta realidad pulsional va a tener una incidencia efectiva en su práctica de analista que le permite un “cambio de estilo”. Ponerle límites a la curiosidad, le permitió poder trabajar como analista.
3. Este cambio es correlativo a otro cambio real: una pacificación en su relación a la muerte. El análisis le permitió liberarse del insoportable destino familiar, marcado por thanatos, liberarse del pensamiento atormentador de que ya todo está marcado, o de la culpa por haber obtenido en la vida algo diferente.
4. Este cambio implica también cambios en su vida afectiva y en las relaciones donde se ve implicada con responsabilidad.

Lacan dice que el fin de análisis entendido como atravesamiento del fantasma no es el encuentro de la nada, sino la oportunidad, por fin del encuentro con lo que funda la pulsión. Atravesar el fantasma es liberar al sujeto de la fijación del goce que queda disponible, un goce pulsional, y ese goce es gastado justamente en el encuentro o desencuentro con el otro. Eso se llama lazo social.

Destitución del sujeto, des-ser que es efecto de la caída de las identificaciones y de la cercanía del objeto pulsional, que revela el núcleo inaprensible del saber inconciente.

Lo que a un analizante le queda al final, después de atravesar la experiencia, son restos, casi nada, pero él sabe y tiene la certeza que es eso. Como dice Lacan, el decir deja desperdicios y sólo eso puede recogerse

Este testimonio nos muestra como el análisis le permitió al sujeto pasar de lo mortífero a la vida. Realizar una transformación de su sufrimiento en una historia que se pueda contar a alguien y que pueda ser transmitida.

NOTA:

[1] De este modo, de aquel que recibió la clave del mundo en la hendidura del impúber, el psicoanalista no debe esperar una mirada, pero se ve devenir una voz. “ Proposición, AE P.19

PRÓXIMOS EVENTOS

SEXTA CITA INTERNACIONAL DE LOS FOROS

Segundo Encuentro Internacional de la Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano

TEMA: EL MISTERIO DEL CUERPO PARLANTE

Los Responsables del RV: Mario Binasco y Diego mautino

LAS FECHAS:

Sábado y Domingo, 10 y 11 de julio de 2010. VI Cita internacional de la IF,
Viernes 9 de julio de 2010, II Encuentro de escuela,
Lunes 12 de julio Las asambleas de la IF y de la Escuela

EL LUGAR:

ROMA, Complesso monumentale di San Michele a Ripa Grande Via di San Michele, 22 – 00153 Roma (Trastevere) – Italia

CONTACTO:

WEB : www.champlacanian.net
Email : fclroma2010@gmail.com

PRESENTACIÓN DEL TEMA

Por Colette Soler
28 de febrero de 2009

*«el hombre es una enfermedad mortal del animal»
Kojève, Introducción a la lectura de Hegel, 2 a edición.*

El misterio del cuerpo hablante: la expresión, que viene del Seminario *Aún* está realmente en la vena de Lacan: proyecta el resplandor de su cristal lingüístico más acá de sí mismo, para rebotar mucho más allá. En el más acá, es en primer lugar el orbe de una cultura que produjo el “misterio de la encarnación” y del verbo que “se hizo carne”, pero es también el más acá de su propia enseñanza, reductor de misterio por excelencia. Pues la operatividad que se le reconoce a la palabra, supo hacerla bascular del campo religioso al de la estructura de lenguaje, allí donde el “eso habla” del inconsciente puede dar una respuesta que no sea inefable. ¿Qué mejor lugar que la bonita ciudad papal de Roma para volverla a poner en el banquillo?

Más allá lo que se perfila no es un rebote de esta tesis ya clásica, sino un nuevo paso de saber, en dirección, paradójicamente, de un misterio bastante ateo que arranca la palabra a su dimensión religiosa. Pues lo que anuncia la expresión sería más bien una muy singular... biología, que concierne a un otro real, distinto a éste que ocupa las ciencias de la vida, un real que sin embargo no deja de imponerse a la experiencia y al que solo se puede acercarse por el psicoanálisis.

Si existe un misterio, no es aquel de la palabra que se hizo carne, sino el de la carne que habla. Bascula pues. Ciertamente, no lo haría si no hubiera tomado voz del inconsciente como lo destaca Lacan en “El atolondradicho” (1), y en este sentido sus enigmas no son simplemente los de la vida, sino los de esta propiedad del viviente que se llama goce, que se distingue de la cuestión de la homeostasis del organismo, que el biólogo ignora esencialmente, a pesar de los estudios sobre el dolor, y del cual el psicoanalista hace su objeto en lo que se refiere a los hablantes.

De la “biología freudiana”, como la nombró Lacan, uno podría imaginarse que con su vocabulario de la vida y la muerte, esta tiene más que ver con las preocupaciones de la ciencia biológica tan triunfante hoy, ver la famosa fórmula de Bichat. Es sin embargo el error que Lacan intentaba denunciar calificándola de... freudiana. Ni Eros y ni Thanatos son datos de la experiencia, Freud mismo lo formuló así, sus pulsiones de vida y muerte son retoños del campo libre dejado al pensamiento analítico cuando se enfrenta a los enigmas, ellas, completamente experimentadas, de la repetición con lo que implica a la vez de entropía y de insistencia del goce.

Lacan, en 1964, dice “mitología” con respecto a la teoría de las pulsiones, y añade que no devuelven al irreal, ya que “es lo real lo que mitifican, según lo que es ordinario en los mitos” (2) –sobreentendido, a falta de alcanzarlo por las vías del lenguaje–. Este término de *mythologieétait* creo que es una manera de subirle un punto a la dignidad epistémica del sueño freudiano.

Es probable que en la época de *Aún* mas bien hubiera dicho “elucubración”, con el fin de señalar la distancia mantenida a lo real impensable, esta distancia que el término de misterio inscribe precisamente en la expresión “misterio del cuerpo hablante”. En todos los casos, sea mitología o elucubración, eso debería evitar aplicar sin mediación la llamada pulsión de muerte freudiana, aporía conceptual por excelencia, a las constataciones inmediatas de la clínica, y sobre todo confundirla con la simple disposición a la agresión, sea que esté dirigida contra el otro o contra sí.

Curiosamente, Lacan más que Freud multiplicó las referencias directas al registro efectivamente biológico, digamos a los enigmas de la vida, Zoé, muy lejos de descuidarlos en nombre de lo simbólico o de confundirlos con Bios. Sobre tres puntos esencialmente: nacimiento, mortalidad, y sexo. Es en primer lugar la “prematuration del nacimiento” del que hace la condición real, entendamos vital, de la apertura al lenguaje. Luego la muerte individual en las especies que se reproducen por las vías del sexo y que le parece duplicar del lado biológico la pérdida debida al lenguaje. Finalmente por supuesto la “bisexualidad biológica” (3), macho hembra, bien acentuada por Freud, pero que no hace ni al hombre ni a la mujer, y que impone al discurso producir en los hablantes “dos mitades”, como lo dice “El atolondradicho” (4), homólogo a la *sex ratio* que sostiene la reproducción de la vida –bajo reserva de lo que la ciencia nos promete hoy en cuanto a la reproducción–.

La expresión “misterio del cuerpo hablante” es sin embargo a otro nivel, lo que debería sorprender respecto a lo que precede de las tesis lacanianas, es “misterio” más que cuerpo hablante. Tanto más que la frase entera redobla el acento: “Lo real, diría yo, (...), es el misterio del inconsciente” (5). Y he aquí este último sustraído al registro de lo Simbólico y transferido al registro del enigma. Esto si que es una novedad.

Se podrían incluir en el programa las elaboraciones sucesivas de Lacan tratando de pensar la toma sobre el cuerpo sustancia del “eso habla” del inconsciente. No datan del Seminario *Aún*. Seguir, en particular, las definiciones de la pulsión, del síntoma y de la relación sexual. De la pulsión que hace eco al decir de la demanda, y por la cual “hablo con mi cuerpo”, que entonces dice a la vez lo que “yo” quiero y en consecuencia lo que le falta. Del síntoma, “acontecimiento de cuerpo” en el encuentro de las palabras con el goce. De la relación sexual que el bla bla (“parlotte”) convoca sin cesar, pero sin llegar a escribirlo.

Más interesante aún que seguir los pasos sucesivos sería ver lo que se enuncia de radicalmente inédito con esta expresión. Es solidaria de todas las novedades que la rodean en este texto de *Aún*. Recuerdo algunos acentos: el inconsciente que se descifra es “elucubración”, hipotético; *lalengua*, que no es una estructura, no pasa al lenguaje, al “saber” hablado, sino por la coalescencia (fusión) con el goce, según las contingencias individuales. De allí los acentos puestos poco después sobre “el inconsciente real”, personificado, encarnado, disyunto del sentido del sujeto, sobre la desvalorización de la verdad, y sobre la promoción del término de “hablanteser”, sin hablar del *sinthome*. He aquí seguramente lo que se habrá de desplegar e ilustrar clínicamente, sin dejar de sacar las distintas consecuencias que se refieren, en particular, a los límites del objetivo del saber, a la posibilidad de la transmisión, al pase al análisis finito y al analista que se requiere.

NOTAS:

[1] J. Lacan, “El atolondradicho”, *Escansión*, Paidós 1984, p.34.

[2] J. Lacan “Del Trieb de Freud”, *Escritos 2*, Siglo XXI, 1991, p. 832.

[3] J. Lacan, “El atolondradicho”, *Escansión 1*, Paidós 1984, p.25, 30 y 32.

[4] J. Lacan, *Aún*, Paidós, 2007, p. 15

COMITÉ CIENTÍFICO

Ha sido compuesto por miembros de instancias internacionales, Colegio de representantes de la IF, Colegio de animación y de orientación de la Escuela, Colegio internacional de la garantía, velando para que las diferentes zonas estén representadas.

Comprende:

LOS DOS PRESIDENTES DE LA CITA :

Mario Binasco
Diego Mautino
Martine Menès (extimo)

CUATRO MIEMBROS DEL CRIF :

Dominique Fingerman (Brasil)
Lola Lopez (España)
Maria Teresa Maiocchi (Italia)
Marc Strauss (Francia)

CUATRO MIEMBROS DEL CAOÉ :

Farías Florencia (Argentina)
Josep Monseny (España)
Antonio Quinet (Brasil)
Colette Soler (Francia)
Dos secretarios salientes del CIG 2006-200:
Luis Izcovich (Francia)
Patricia Muñoz (Colombia)

LAS JORNADAS DE LA EPFCL-FRANCIA

Sobre el tema : "La palabra y el escrito en la experiencia analítica"
4 y 5 diciembre 2010
Paris, palacio del Congreso, porte Maillot
Responsable de la organización : **Carlos Guevara**
Renseignements : 01 56 24 22 56

3E ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ESCUELA

9, 10 y 11 diciembre 2011 en Paris
Las informaciones prácticas serán comunicadas ulteriormente

